

# CRISTIANIDAD



# 93

## RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

1 FEBRERO

1 9 4 8

La figura gloriosa del mártir San Ignacio de Antioquía, cuya festividad se conmemora estos días, nos ha llevado en este número a tratar de aquella época terrible de persecución contra el Cristianismo, cuando el mundo pagano, cuyo centro de gravitación se encontraba en Roma, se entregaba a orgías sangrientas en las que perecían miles de seres humanos en un mismo ciclo de fiestas.

La sangre de los mártires, su ejemplo inmarcesible, su sobrenatural actitud, y posteriormente la persistente labor de la Iglesia a lo largo de los primeros siglos de nuestra era, educaron y condujeron a aquel mundo hacia una verdadera civilización.

Ahora nuestro mundo se encuentra en una grave coyuntura histórica en la que tanto como entonces necesita de espíritus fuertes y valerosos que quieran y sepan conducirlo por el camino de aquella civilización lograda a costa de tantos sacrificios. Las tinieblas de un nuevo paganismo se ciernen sobre el mundo actual.

Así nos expresábamos, poco más o menos, en nuestro número anterior cuando decíamos que esta sagrada institución que es la familia, ha sufrido y está soportando cada vez con más intensidad los furiosos golpes que buscan su desgajamiento. Advertimos que la institución de la familia cristiana fué uno de los triunfos más legítimos del Catolicismo en frente del mundo pagano de la Antigüedad.

En todo caso el síntoma es significativo. Ante los intentos de destrucción de estas instituciones, médula de nuestra civilización, confortémonos con el ejemplo de aquellos santos mártires, cual es entre los mejores San Ignacio de Antioquía.

Editorial: «Lumen ad revelationem gentium».

**San Ignacio mártir, Obispo de Antioquía**, por Domingo Sanmartí (pág. 51); **M. L. K.**, por Luis Vidal Creus (págs. 52 a 54).

**Balance moral del paganismo** (págs. 55 a 59); **La condena a las bestias feroces**, (págs. 59 y 60); **Epístola de San Ignacio a los romanos**, (págs. 61 y 62).

**Cánovas, la monarquía liberal y la unidad católica de España**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 63 a 68); **La conspiración comunista**, VIII, por Luis F. Budenz (págs. 68 y 69); **Una leprosería, fruto de dos aniversarios**, por el P. Emvin Busuttill, S. J. (pág. 70).

**El Papa habla a los jóvenes. — Actividades del sectarismo**, por J.-O. C. (pág. 71).

**Orientaciones bibliográficas**, por Luis Luna (pág. 72).

Los dibujos son debidos a la pluma de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y Tuca.



*Papeletería*  
de  
**Hijos de Fco. Sabater**

**Hojas cambiables HIFRASA**  
Marca registrada



**Central:**  
Ronda de San Pedro, 20  
Plaza Urquinaona, 13

**Sucursal:**  
Calle Rosellón, 281 - bis  
(chaflán Lauria Av. Generalísimo Franco)

**BARCELONA**

Teléfonos 11634 - 24444

**Martín Oliva**

SOCIEDAD ANÓNIMA

**Tejidos Algodón**



Bailén, 68  
Teléfono 50587  
**BARCELONA**

**Textil Isabela, S. A.**

**BARCELONA**

**Hernández y Atxer, S. L.**

**TEJIDOS**

**BARCELONA**

**Casa JORDI**

**CABLES DE ACERO  
CHAPAS PERFORADAS**

para toda clase de aplicaciones agrícolas,  
minerías e industriales

Lauria, 19

Barcelona

**E. Riera, S. A.**

**Confitería, Pastelería, Bombonería  
Pan de Lujo**

**CASA MATRIZ:**

Rambla Canaletas, 9 y 11 - Teléfono 10733

**FÁBRICA Y CENTRAL DE VENTAS:**

Mallorca, 307 y 309 - Teléfono 80628

**BARCELONA**

## «Lumen ad revelationem gentium»

Sombrio es el cuadro que traza San Pablo de los gentiles: «aquellos hombres que tienen injustamente aprisionada la verdad de Dios: puesto que, habiendo conocido claramente lo que se puede conocer de Dios,... sus perfecciones invisibles, aun su eterno poder y su divinidad, hechas visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas,... se devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas... hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible. Por lo cual Dios les abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza,... ellos que habían colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas, en vez de adorar al Creador, el cual es digno de ser bendito por todos los siglos» (1).

A esta sociedad, cuyos vicios y aberraciones infames delata a continuación San Pablo con tan crudo realismo, es anunciada la buena nueva de la Redención, la doctrina salvadora de Jesús, «lumen ad revelationem gentium», como proclama proféticamente Simeón al ver al divino Niño en el templo, en brazos de sus padres. Y la doctrina de amor del Crucificado va atrayendo hacia sí a los gentiles, venciendo las tinieblas de sus corazones.

«Mirad como se aman unos a otros», dicen los paganos. Esta caridad, a la par que el espíritu de fe llevado hasta el martirio, es quizás la característica más notable de los primeros siglos del Cristianismo, tan admirablemente reflejada en las epístolas del gran Obispo mártir de Antioquía, San Ignacio.

\* \* \*

Mucho se habla, y con razón, del renacimiento en nuestra época de un nuevo paganismo. Voces autorizadas lo vienen denunciando hace tiempo. La mentira ha vuelto a entronizarse en el lugar de la verdad, los corazones vense de nuevo invadidos de tinieblas. ¿Podrá, pues, extrañarnos que la caridad se enfrie y que las costumbres bajen cada vez más?

Pero este neopaganismo es todavía más culpable que el antiguo. Aquél tenía «injustamente aprisionada la verdad de Dios» conocida solamente por la luz de la razón. Este, en cambio, desprecia o aprisiona un don mucho mayor: no ya sólo la verdad natural, sino la que nos ha sido sobrenaturalmente revelada por Cristo, «lumen ad revelationem gentium». Su pecado es contra el Espíritu Santo, contra el mismo Amor de Dios revelado a los hombres por su Hijo Encarnado.

Por esto, si la Cruz fué el remedio y el signo de victoria contra el antiguo paganismo, el remedio contra este nuevo paganismo — remedio y también auspicio y causa de victoria — no puede ser otro que el mismo Corazón de Jesús, tabernáculo del Amor divino. «En El se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a El se ha de rogar y de El hemos de aguardar la salvación de los hombres» (2).



(1) S. Pablo a los Romanos, cap. I, v. 24-32.

(2) León XIII, Enc. «Annum Sacrum».



## Por los pueblos que sufren escasez.

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Febrero)

¿Quién no ve que no pocas naciones de Europa y Asia están oprimidas por la miseria, la escasez, el hambre, triste secuela de la guerra?

1. Carecen de lo más indispensable para la vida; desfallecidos y hambrientos, piden pan; despojados de sus vestidos y de sus hogares tiemblan de frío y agonizan atacados por las enfermedades, carecen de los auxilios más necesarios y viven una vida lánguida y miserable. Pongan remedio a tan gran miseria, alivien oportunamente tantos dolores y aligeren todos, según sus posibilidades este cúmulo de miserias. Todos y cada uno de nosotros—y también todas y cada una de las naciones—debe ofrecer, en cuanto pueda, su acción, sus fuerzas, su dinero, para remediar la terrible situación en que esas vidas se hallan y socorrer sus necesidades. Condúzcanse todos por los sentimientos de humanidad, y de misericordia, y de piedad cristiana. Nada se omita de cuanto puede la caridad cristiana, a fin de suavizar y mitigar la suerte de esas miserables multitudes. Un abismo de miseria reclama un abismo de caridad. La escasez y la indigencia apelan a la conciencia del mundo, al sentido «de responsabilidad» de los gobernantes, a la fraternidad humana y cristiana, a la mutua generosidad de los pueblos, para que ayuden eficazmente.

Mucho hay hecho ya; las sociedades y obras de caridad, sobre todo en América tienen el propósito de poner remedio a la escasez... Dios se lo premie. Ojalá no cesen en su labor mientras dure esta escasez. Pero aun con todo, los auxilios no están a la altura de los males.

2. Es preciso ayudarles urgentemente, porque en la miseria: a) la castidad de la juventud se halla en gran peligro de corrupción; b) se pervierten las costumbres; c) nacerá una progenie que llevará los gérmenes de las enfermedades y la mancha de los vicios; hay un gran peligro de sediciones y perturbaciones si urgentemente no se envían auxilios; d) únicamente la caridad eficaz, proveyendo al mutuo auxilio entre las naciones, puede aplacar el odio que ahora existe y el deseo de venganza, y unir espiritualmente a los pueblos lo cual es un requisito necesario para la verdadera y estable paz.

3. Ejemplo magnífico de caridad cristiana y activa da al mundo el Sumo Pontífice Pío XII, que es un verdadero ángel de la caridad y pregonero de la paz, cfr. v. g. el mensaje radiofónico a todo el universo, dirigido para solicitar que las naciones se auxilien mutuamente, para que no mueran de hambre los indigentes; con más entusiasmo todavía, hemos de recibir hoy la Carta Encíclica de 6-I-1946 sobre el cuidado de los niños indigentes; véase también la Alocución de 24-XII-1946.

Oremos por los pueblos que gimen bajo la miseria; oremos para que la caridad activa, siempre pronta a socorrer la miseria en cualquier lugar que se halle, triunfe en la tierra, sobre todo en los corazones de los cristianos.

(Traducción del original latino de la Dirección General del Apostolado. Roma).



**RAZON DE ESTE NUMERO** La figura gloriosa del mártir San Ignacio de Antioquia, cuya festividad se conmemora estos días, nos ha llevado en este número a tratar de aquella época terrible de persecución contra el Cristianismo, cuando el mundo pagano, cuyo centro de gravitación se encontraba en Roma, se entregaba a orgías sangrientas en las que perecían miles de seres humanos en un mismo ciclo de fiestas.

La sangre de los mártires, su ejemplo inmarcesible, su sobrenatural actitud, y posteriormente la persistente labor de la Iglesia a lo largo de los primeros siglos de nuestra era, educaron y condujeron a aquel mundo hacia una verdadera civilización.

Ahora nuestro mundo se encuentra en una grave coyuntura histórica en la que tanto como entonces necesita de espíritus fuertes y valerosos que quieran y sepan conducirle por el camino de aquella civilización lograda a costa de tantos sacrificios. Las tinieblas de un nuevo paganismo se ciernen sobre el mundo actual.

Así nos expresábamos, poco más o menos, en nuestro número anterior cuando decíamos que esta sagrada institución que es la familia, ha sufrido y está soportando cada vez con más intensidad los furiosos golpes que buscan su desgajamiento. Advertimos que la institución de la familia cristiana fué uno de los triunfos más legítimos del Catolicismo en frente del mundo pagano de la Antigüedad.

En todo caso el síntoma es significativo. Ante los intentos de destrucción de estas instituciones, médula de nuestra civilización, confortémonos con el ejemplo de aquellos santos mártires, cual es entre los mejores San Ignacio de Antioquia.

Editorial: «Lumen ad revelationem gentium».

**San Ignacio mártir, Obispo de Antioquia**, por Domingo Sanmartí (pág. 51); **M L K**, por Luis Vidal Creus (págs. 52 a 54).

**Balance moral del paganismo**, (págs. 55 a 59); **La condena a las bestias feroces**, (págs. 59 y 60); **Epístola de San Ignacio a los romanos**, (págs. 61 y 62).

**Cánovas, la monarquía liberal y la unidad católica de España**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 63 a 68); **La conspiración comunista, VIII**, por Luis F. Budenz (págs. 68 y 69); **Una leprosería, fruto de dos aniversarios**, por el P. Emvin Busuttil, S. J. (pág. 70).

**El Papa habla a los jóvenes. — Actividades del sectarismo**, por J.-O. C. (pág. 71).

**Orientaciones bibliográficas**, por Luis Luna (pág. 72).

Los dibujos son debidos a la pluma de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y Tuca.

# San Ignacio mártir, Obispo de Antioquía

Después del cuadro tan sombrío ofrecido por el mundo pagano, que hemos bosquejado en las páginas anteriores, bosquejo debido en gran parte a la pluma de los mismos contemporáneos, procuraremos esbozar un cuadro paralelo, presentando, con motivo de celebrarse su festividad en estos días, la recia figura de San Ignacio, mártir, Obispo de Antioquía, que es, quizás, la figura más sobresaliente y característica de fines del siglo I y comienzos del II.

Su vida es poco conocida y a propósito de ella se entrecruzan varias tradiciones. Ciertamente fué Obispo de Antioquía, según parece sucesor de San Evodio, el cual fué consagrado por el mismo San Pedro. Según otra tradición, fué San Ignacio el niño que Nuestro Señor Jesucristo tomó junto a sí cuando dijo a sus Apóstoles: «Dejad que los niños vengan a Mí». Parece seguro que fué discípulo de San Juan Evangelista y desde luego pudo haber tenido largos años de contacto con el Santo Apóstol, pues si éste murió como se da por muy probable alrededor del año 98, San Ignacio sufrió el martirio tan sólo 9 ó 10 años después. Pertenece por tanto a la generación que siguió inmediatamente a los Apóstoles. Y casi nada puede decirse con seguridad acerca de su vida.

No sucede lo mismo con su martirio. Dice de él Paul Allard en su obra *Histoire des persecutions*: «Las Actas de su martirio no son contemporáneas, aunque en gran parte están redactadas valiéndose de documentos serios. Describen exactamente la época, pero se equivocan a propósito de las circunstancias de la condena. Por el contrario, las siete cartas de San Ignacio a los Efesios, Magnesios, Tralianos, Romanos, Filadelfos, Esmirniotas y a los Romanos son auténticas con toda seguridad. Hacen conocer perfectamente sus ideas y su persona y bastan para reconstruir, si no la historia de su vida, al menos la de su martirio, del cual las Actas no dan, de modo seguro, más que la fecha».

Según Eusebio de Cesarea la fecha de su glorioso combate fué el año 107, al comienzo de la persecución de Trajano. Se ha discutido esta fecha y, según algunos críticos, debería retrocederse hasta el año 115. La lectura cuidadosa de la Epístola a los Romanos demuestra que esto no es exacto. En efecto: toda esta carta que más abajo reproducimos íntegra, insta a los romanos para que no interpongan su influencia (recuérdese que ya en esta fecha personajes muy poderosos en Roma, y tal vez algunos pertenecientes a la familia imperial, eran ya cristianos) para obtener su perdón. Ahora bien, si San Ignacio fué condenado en el año 107, al principio de la persecución de Trajano, por un magistrado de provincias, probablemente el legado de Siria, se concibe muy bien que los romanos influyentes pudieran obtener su valimiento para conseguir la anulación o conmutación de la condena. Pero si el Santo Obispo fué condenado por el propio Trajano en la misma Antioquía en el año 115, re regreso de su poca afortunada expedición contra los partos, surge inmediatamente la siguiente pregunta: ¿Qué magistrado romano era lo suficientemente poderoso para revocar una sentencia imperial?

Hay, pues, que descartar definitivamente esta fecha y atenernos a la de 107, que nos da Eusebio. Es tan seguro como puede serlo un hecho de esta lejana época, que Ignacio fué conducido bajo la escolta de diez soldados romanos a Roma, siguiendo la ruta militar que unía el Oriente con la capital del Imperio. El mismo Santo refiere los sufrimientos que le infligían sus guardianes. Es muy probable que se calculara su viaje de modo que llegara a Roma hacia el fin de las fiestas que celebraron el fin de la guerra de Dacia, tan gloriosamente coronada por el

gran emperador. Esta guerra terminó en 106, las fiestas, que duraron 123 días, debieron ocupar una buena parte del año 107. Los juegos circenses en esta ocasión tuvieron una duración y un esplendor jamás vistos: murieron en ellos diez mil gladiadores y doce mil bestias feroces para diversión del pueblo romano, señor del orbe, según refiere Dion. Parece cierto que a estas bestias, antes de matarlas, se les echó, según costumbre, algunos condenados, entre ellos Sósimo y Rufo, compañeros de San Ignacio, y a éste dos días después.

Dejando aparte la cuestión de la fecha del martirio, ¿qué más sabemos de San Ignacio? Dice Allard en la obra citada: «Poca cosa, piensan algunos historiadores. Bas tante, contestáramos nosotros, aun renunciando a servirnos de las Actas. Renan ha trazado, en una página excelente, «lo incontestable de la historia de San Ignacio»; permítaseme hacer mías sus palabras: resumen claramente los documentos contemporáneos, y muestran el gran papel y la poderosa personalidad del Obispo de Antioquía:

»En circunstancias que ignoramos, dice, probablemente después de algún motín popular, Ignacio fué detenido, condenado a muerte, y, como no era ciudadano romano, designado para ser conducido a Roma y entregado a las fieras en el anfiteatro. Se escogía para ello a los hombres más bellos, dignos de ser mostrados al pueblo romano. El viaje de este valeroso confesor de Antioquía a Roma, a lo largo de las costas de Asia, Macedonia y Grecia, fué una especie de triunfo. Las iglesias de las ciudades por donde pasaba se precipitaban a él pidiéndole consejo. El, por su parte, les escribía epístolas llenas de enseñanzas, a las cuales su situación semejante a la de San Pablo, prisionero de Jesucristo, les daba la mayor autoridad. En Esmirna, en particular, Ignacio se halló en relación con todas las iglesias de Asia. Policarpo, obispo de Esmirna, pudo verle y guardó de él un recuerdo profundo. San Ignacio sostuvo en esta ciudad una extensa correspondencia; sus cartas eran acogidas con tanto respeto, casi, como los escritos apostólicos. Rodeado de correos que iban y venían parecía más bien un personaje poderoso que un prisionero. Este espectáculo impresionó a los paganos, y sirvió de base a una curiosa novelita que ha llegado hasta nosotros. La novela a que se refiere Renan es el «*De morte poerigrini*» de Lucano, en la cual el satírico del siglo segundo se complace en imitar ciertos rasgos de la historia de San Ignacio, y que no puede haber sido escrita más que conociendo las epístolas del Obispo de Antioquía.»

De todas las epístolas de San Ignacio, la más universalmente conocida es la dirigida desde Esmirna a los Romanos.

Sigue Allard: «Ni la antigüedad cristiana, ni ninguna otra «antigüedad» tiene nada más bello. Los defectos de su forma literaria, las obscuridades, las repeticiones desaparecen ante la grandeza incomparable del fondo. No poseemos la relación auténtica del martirio de San Ignacio; pero tenemos algo mejor, la imagen viva, sincera y original del alma de este gran cristiano en la víspera de su martirio, cuando se aparecían a lo lejos los leones que debían devorarlo y detrás de los leones la gloria misma de Cristo, cuyos rayos, como un espléndido sol poniente, le inflaman y transfiguran».

«... Carta que todos los siglos han admirado desde San Ireneo al citar la frase célebre y ya tradicional en la Iglesia: «Soy el trigo de Dios...», hasta Renan cuando escribe que «los trazos enérgicos que contiene para expresar el amor a Jesús y el ardor del martirio forman parte de la conciencia cristiana.»

Domingo Sanmartí

## M L K

**«Sobre esto te oiremos en otra ocasión...»**

«Y asiendo de él, le llevaron al Aerópago, diciéndole: ¿Podrías darnos una exposición completa de tu doctrina? Extrañas son estas cosas que enseñas, y quisiéramos conocerlas con claridad.» (Actas, XVII, 19-20.)

«En medio del hemiciclo se hallaba el pequeño propagandista judío, blanco de millares de miradas. Delante de él, la mole majestuosa del Partenón; a los lados, otros templos y monumentos famosos: el Erechteion, los Propyleos, el santuario de Themis vengadora; en el fondo, la ciudad más ilustre del mundo por su historia literaria, y, en torno, algunos jirones del mar y la línea oscura de las montañas; la fina espuela del Pnix, la cima del Lycabete...», así describe Fray Justo Pérez de Urbel el espectáculo de aquel singular encuentro entre la «élite» del viejo Paganismo y el Campeón de los mensajeros de la Buena Nueva, cuando ésta va a ser anunciada, por vez primera, y solemnemente, a la más docta Corporación del Mundo antiguo.

Con toda la retórica habilidad humana de quien ha sido comparado, y con ventaja, en este orden a Demóstenes; con toda la autoridad de una lengua que se sabía movida por Dios, la palabra del Apóstol resonaba en el hemiciclo atestado de aquellos sabios y felices hijos del Erecteo, representantes del «innumerable pueblo de los dioses muertos». Y la Verdad era transmitida por aquel que, durante meses enteros, a la sombra de la Acrópolis «se había consumido interiormente en espíritu, considerando aquella Ciudad entregada a la idolatría» (Actas, XVII, 16). El público todo se hallaba suspenso de unos labios que iban a resolverle el enigma del Dios desconocido. De este Dios, que «es el Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, y que proclamaba Pablo, contundente, dirigiendo su diestra hacia el Partenón con tranquilo anafema».

La primera parte del discurso, aun cuando fuera difícilmente recibida «por los oídos de unos hombres orgullosos de sus templos y de sus estatuas», había de ser escuchada por quienes, al sentirse arrollados por la ingente personalidad del que les hablaba, admiraban una peroración que no sólo entraba, sino que superaba sus dominios filosóficos. Si había allí alguna mente y, sobre todo, algún corazón de buena voluntad, no podía menos que llenarse de emoción ante aquella elevada alusión a la frase del poeta «somos de un mismo linaje con Dios». Incluso «aquellos panteístas de la Stoa debían oír con agrado expresiones como éstas: «En El vivimos, nos movemos y somos». «El está en nosotros, y nosotros en El.» «Los estoicos le reconocían...» Forzosamente, fatalmente, el sabio Aerópago, depósito de la sabiduría humana, no podía menos que tributar involuntario y momentáneo homenaje al Emisario de una Sabiduría harto superior a la suya: la Sabiduría de la Verdad.

Mas he aquí que, ahora, la actitud del auditorio cambia por momentos. Y es que, solemnemente, el Orador, antes tranquilo, se transforma en fogoso Testigo que, a su vez, debe rendir su homenaje más alto, anunciando el Mensaje de Aquel que le ha enviado: ¡«Ahora Dios intima a los hombres que todos, en todas partes, hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo, con rectitud, por el hombre a quien ha designado acreditándole a la vista de todo el mundo con haberle resucitado de entre los muertos!...» (Actas, XVII, 22-23).

Cambia por momentos. Porque aquello es ya demasiado fuerte. El creciente rumor anuncia la reacción que se

produce. Demasiado fuerte para quienes conservaban el cetro del saber humano, respetado incluso por la propia Roma al empuñar el cetro del mundial Imperio. Demasiado fuerte para la sabiduría humana, incapaz de comprender aquello que es «escándalo para los judíos, y locura para los gentiles».

Demasiado. «Aquellas alusiones a la resurrección y al juicio último les parecieron indignas de un filósofo —sigue diciendo Fray de Urbel—. La voz de Pablo fué incapaz de dominar el tumulto: unos se levantaron, otros desfilaron hacia el ágora y unos cuantos, menos groseros, disimularon su decepción en esta fórmula no exenta de ironía: «Sobre esto te oiremos en otra ocasión.» Y es que «el espíritu de Atenas (léase del sincretismo pagano) era opuesto al de la religión de Jesús. Su triunfo estaba en el dominio del arte, en la belleza plástica, en la alegría de vivir. Era inútil hablar del reino de los cielos a un pueblo para quien el cielo estaba en la tierra; y donde el más grande de los filósofos había dicho que cualquier hombre en quien resplandeciese la belleza de las estatuas de Fidias debía ser adorado, era absurdo predicar la divina belleza de un Dios escarnecido y crucificado».

Era el choque. De momento, de intenso dramatismo, aun cuando todavía no trágico y cruento. El próximo tendría lugar, con estas últimas características, dentro de no muchos lustros, en el Anfiteatro de Nerón.

**«¡Pablo, las muchas letras te han trastornado el seso!»**

Era siempre el mismo choque. Años después, ante el rey Agrippa, el propio Apóstol, respetuosamente conducido por Festo, había de proclamar, ante unas autoridades, entonces benévolas, idéntica Verdad. «Es a saber, que Cristo había de padecer la muerte, y que sería el primero que resucitaría de entre los muertos, y había de mostrar la ley del Evangelio a este pueblo y a los gentiles.» (Actas, XXVI, 23-25.) Y ante el mismo mensaje, la eterna reacción. El propio Festo, admirador, casi amigo del Apóstol, no pudo menos que prorrumpir: «¡Pablo, tú estás loco; las muchas letras te han trastornado el seso!», mercediendo del Apóstol esta mansa y comprensiva réplica: «No deliro, óptimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura».

Siempre el mismo conflicto. Y tremendo, porque es el que se registra entre dos concepciones tan opuestas que no admiten inteligencia, ni siquiera compromiso.

«¡Creo en la resurrección de la carne, en la vida perdurable!» reza el Símbolo de los Apóstoles, resumen, «Creo» de nuestra Fe, refiriéndonos a la vida futura y eterna que, en definitiva, es la que cuenta.

«¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!» (1) ha sido siempre el grito del escepticismo, que, dudando de aquella otra Vida, intenta asegurar, ante todo y por encima de todo, la material felicidad de la presente...

**«¡Coronémonos de rosas antes de que se marchiten!»**

Dijeron, pues, los impíos, entre sí, discurrendo sin juicio: «Corto y lleno de tedio es el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre o después de su muerte: ni se ha conocido nadie que haya vuelto de los infiernos o del otro mundo».

(1) Isaias, XXI, 12.

«Pues nacido hemos de la nada, y pasado lo presente, seremos como si nunca hubiésemos sido...»

«Caerá en olvido con el tiempo nuestro nombre, sin que quede memoria de nuestras obras.»

«Porque el tiempo de nuestra vida es una sombra que pasa: ni hay retorno después de la muerte; porque queda puesto el sello, y nadie vuelve atrás.»

«Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes: apresurémonos a disfrutar de las criaturas, mientras somos jóvenes.»

«Llenémonos de vinos exquisitos, y de olorosos perfumes, y no dejemos pasar la flor de la edad.»

«Coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra concupiscencia.»

«¡Ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia: dejemos por todas partes vestigios de nuestro regocijo, ya que nuestra herencia es ésta, y tal nuestra suerte!» (Sab., cap. II, 1-9.)

### «Moloch, Moloch, con sus hijos en brazos...»

«¡¡Coronémonos de rosas, antes de que se marchiten!!» Tal fué, en efecto —y sigue siéndolo en su renacimiento de hoy—, el grito de la antigüedad pagana. El resume su mentalidad. Lo que en el día, en la filosofía de hoy, llamamos su «Weltanschauung». Y es a este delirio, que el Espíritu Santo coloca en boca de los impíos, que opone aquel otro aullido, de desesperada rabia, que brotará de sus mismas fauces, el tremendo día del Juicio, cuando «los justos se presentarán con gran valor contra aquellos que los angustiaron». «¡¡Insensatos de nosotros que tuvimos su vida por locura!!» (Sap., V, 1 y 4.)

Delirio de lascivia, y de felicidad aparente. Mas, en su mentido avatar, ¿logró jamás el Mundo antiguo otorgar a sus secuaces siquiera esta sombra de voluptuosidad terrena? ¿Es que, realmente, la Luz de Belén vino a inaugurar un panorama de humano ascetismo deshojando guirnaldas de plástica belleza, siquiera fuese ante la promesa de una vida mejor? ¿Es que mató una real felicidad terrena?

¡Oh, no! ¡Cuán distinto es lo que aquella Luz iluminara, de lo que se prometían, en su báquica fiesta, los que esperaban comer y beber en un día, y llenarse de vinos exquisitos, ya que sentían incierto y dudoso el porvenir. ¡El día pagano, el día lúbrico, jamás llegó a gozar de claridades, y la luz de la santa Cueva venía a expulsar las tinieblas de un cuadro bien distinto del de aquellos prados que los desgraciados se prometían en su concupiscencial

Un poeta, muy nuestro, en genial composición, ornato de nuestra lengua vernácula, interpretó esta infinita angustia del alma primitiva, a través de su propia alma atormentada. Angel Guimerá, en su «Romiatge», vuela por encima de los caminos que la Humanidad siguiera, en tanto que la Providencia, aparentemente oculta, velaba sobre los tiempos...

*... y ve'l deu de metall, damunt lo carro,  
los peus tot llum, lo front en las tenebras.  
Las trompas sonan, los perfums s'enlayran,  
a munts las gents devant lo deu s'estenen;  
cruixen las rodas capolant los cossos,  
y ab cants las tribus los gemechs ofegan... (2).*

El vate ha buscado en el lejano Oriente, perfumado de aromas, y de especias. Y no ha hallado flexibles cinturas adornadas de rosas, sino míseros cuerpos aplastados bajo las ruedas del carro de la muerte...

(2) ... Y llega el dios de metal, encima el carro, — los pies de luz, la frente en las tinieblas. — Suenan las trompas, ascienden los perfumes — en informe montón, las gentes se apresuran — crujen las ruedas triturando los cuerpos — en tanto que los cánticos ahogan los gemidos.

*Moloch! Moloch! ab los fillets als brassos  
cridan las mares caminant al temple...  
Lo deu rohent d'entranyes infernadas  
obra incessant la gola famolenca,  
y orgullosas las donas, una a una,  
los fills volguts enforan en son ventre (3).*

A través del mundo y de la historia, el poeta ha volado sobre el más cercano Oriente. Mas, a la sombra de sus pesados monumentos, y aun de sus pirámides, no ha oído risas felices de adolescentes, sino los aullidos de los infantes sacrificados en el fuego...

*En los boscos de murtra y llover-rosa,  
joves bacants en ubriaqués follejan;  
y'ls nins se'n riuhen sorprenent sas mares  
y seguintlas per tot las escarneixen (4).*

Se ha posado ahora más cerca, en Occidente, donde aparentemente la personalidad humana dicese haber sido objeto de respetos... Y ha creído ver, en efecto, alguna vez frentes juveniles cinica y felizmente ceñidas de flores bajo el laurel...; mas ello ha sido en jardines no lejanos a los anfiteatros, donde, tanto o más aún que en el próximo y en el lejano Oriente, la pobre carne del hombre ha seguido siendo renovado pasto de cruces y de fieras. «Panem et circenses».

Grecia... Roma... Sí. Un abismo, entre ellas, cuna y hogar del culto a la personalidad humana y al derecho, y el Oriente colosal y anquilosado. Por ello, instrumentos de la Providencia, en la majestuosa marcha de la Historia... Pero sólo jalones, sólo una preparación, aun lejana. En Grecia, los mejores, los más sublimes filósofos, no comprendían a los enfermos, a los inválidos, a los ancianos, a todos los que sufren, a los que lloran: el sueño de la «euthanasia» del loco Wells, en su aspecto más cruel, no es de ahora, sino que ya fué delirio de aquella bella pero inhumana forma del paganismo. En Roma..., basta hojear el testimonio de los propios coetáneos, reproducido en las páginas de esta misma Revista, para convencerse de que los jardincillos de Dafne eran harto más raros que los Anfiteatros...

### ¡M. L. K.!

Moloch. M. L. K. El anagrama terrible de la Antigüedad trágica. La que decía querer coronar a sus jóvenes de rosas, mas que, en realidad, ante Moloch, Melek, «el rey», atentaba contra su joven vida tramando su sacrificio. ¡Con qué agudo sarcasmo, así Isaías, así Jeremías y Ezequiel, como el autor de los Libros Sapienciales, tratan a los ídólatras! He aquí, les dicen, que cortáis un leño. Una parte os sirve para calentaros. De la otra hacéis un mueble... Y el resto, en lugar de echarlo, os sirve para improvisar una tosca talla, delante de la cual os postráis para adorarla... Es aquel mismo sarcasmo del Profeta Elías, desafiando a todos los ídolos, amasados con sus sacerdotes, e incapaces de hacer llover el fuego del cielo... Mas, a menudo, estos ídolos no eran sino la máscara tras la cual los príncipes del Averno querían ser adorados. Como dioses. Asarté, Moloch. Este último, exigiendo aquel sacrificio espantoso, al que se sometían, cuando se hacían esclavos de sus pecados, los propios reyes de Israel y de Judá: el «pasar a sus hijos por el fuego», promoviendo la Voz airada del Señor, a través de sus profetas, advirtiendo que jamás se podía ni pensar siquiera en que tales sacrificios le fueren gratos. ¡Oh, Paganismo! Este es tu activo. ¡Esta es la «corona de rosas» con que supiste adornar a los mor-

(3) ¡Moloch, Moloch!, con sus hijos en brazos, — claman las madres camino del templo. — El dios candente, de entrañas infernales — abre sin cesar las fauces hambrientas — y orgullosas las mujeres, una tras otra, — sus hijos queridos sepultan en su vientre.

(4) Bajo bosquecillos de laurel — jóvenes bacantes gritan embriagadas — los niños ríen, sorprendiendo a sus madres — y las siguen, y en todo las escarnecen.

## PLÚRA UT UNUM

tales que ni siquiera pudieron alcanzar la lasciva felicidad que «para el día de hoy» habían osado prometerse!

### La «guerra fría»

Casi dos milenios después que la Luz de un Establo vino a iluminar las tinieblas que llenaban la grávida lobre-guez de los monumentos antiguos, una regresión aflige de nuevo la Humanidad misera. Desde hace cuatro siglos se inició; y hoy, la apostasia de las naciones parece rubricar las apostólicas profecías. En tanto que, portadores de la divina justicia, los jinetes apocalípticos, con su galopar, anuncian el cumplimiento de los castigos que provoca la copa de la abominación, llena a rebosar.

Quizá tarden aún —el Príncipe de los Apóstoles ya nos previno que, para la paciencia divina, «mil años» son como un día—, quizá tarden todavía en estallar nuevas y mayores catástrofes, entre las espectaculares y visibles. Entretanto, presagio de las mismas, irá incubando, agobiante, esta «guerra fría» que va secando hasta la médula nuestras mejores esencias y que va ahogando de tedio y de cansancio pueblos enteros bajo la opresión... Dos enormes gigantes: el uno en Oriente, apoyado en extensiones y en masas hasta ahora inigualadas; el otro en Occidente, allende el Océano, apoyado en una prosperidad y en unos medios materiales inimaginables, mantendrán en tensión el potro que descoyunta a la vieja Europa... Y el espectro de la guerra, el Moloch moderno, abrirá sus siempre hambrientas fauces reclamando su presa.

Y en tan tremendas circunstancias, como al fin de la Antigua Era, los ojos nuestros se elevan hacia Ti, ¡oh Señor! Porque ni tu Brazo se ha abreviado, ni tu Providencia va a desamparar un Mundo en el que, mejores que el Arca, los Sagrarios son depósito de tu Hijo, que ha querido quedarse aquí, sacramentado. Y a tal fin se nos recuerda que, del mismo modo que las oraciones de los Justos, expectantes, apresuraron la llegada del Mesías, del Libertador, también ahora las oraciones de cuantos sufren y lloran en tu Nombre pueden adelantar la consumación de tus misericordias. Acuérdate, Señor, que un día prometiste que, a fin de que no incurriesen en prevaricación, por amor a los tuyos aquellos días trágicos «serían abreviados» (Mat. XXIV-22).

### Misterios, ¡oh Jesús!, de vuestro amor...

Hace poco, en el Secretariado del Apostolado de la Oración de Barcelona, un acontecimiento reunió a sus miembros, y, entre ellos, a muchos de los que componen el ambiente de esta nuestra Revista, que no es del Apostolado, pero que en el Apostolado nutre su espíritu y cobra sus alientos. Tal acontecimiento era el paso, por la ciudad de Barcelona —en ocasión del último Congreso Mariano—, del benemérito P. Tremblay, Director General del Apostolado mundial de la Oración. Y su bondad y dignación en visitarnos y dirigirnos la palabra.

Su discurso, como no podía ser menos, consistió en dar una ojeada a este mundo triste y atormentado que nos rodea, y cuya angustia no ignoramos. Y, tras esta vívida visión —la de un viajero autorizado y a la vez sensible que pulsa bien a fondo la débil textura del enfermo—, vino, como no podía ser menos, como no podíamos esperar fuese de otra manera, el recurso a los remedios sobrenaturales, que son los únicos en que nosotros, los que formamos un poco la «médula» de CRISTIANDAD, sin temor a que se nos tache de «pesimistas», creemos. Porque hemos visto ya demasiadas cosas para poder creer jamás, otra vez, en los remedios humanos.

Y el buen Padre nos trasladó a su diálogo con una hacendosa madre de familia numerosa —allí lo son en grado inimaginable— del cristiano Quebec, en su ciudad natal,

eco de lo que aquí se nos repite a todos, socios del Apostolado, cuando se nos encarece el consagrar y sobrenaturalizar todas nuestras modestísimas «oraciones, obras y trabajos». «Señora, esta vuestra labor *banal*, el cuidado de tantos hijitos, el trabajo de lavandería, toda esta vida vulgar y corriente, puede tener un valor infinito para la salvación del mundo, si sabéis elevarlo y ofrecerlo debidamente al Corazón de Jesús.»

Es en esta época en que la pseudofilosofía nos ha ponderado al superhombre, que ha sido, precisamente, cuando han desaparecido los héroes y aumentado, más que nunca, las miserias; es precisamente en esta época en que más necesitamos del cariño y de la misericordia del esforzado Corazón de aquel que, en pleno Paganismo, sus heraldos anunciaron, y lo era, como el salvador, «el Admirable, el Fuerte, el Padre del siglo venidero» (Is. IX, 6). Fracados todos, quebradas todas las reservas humanas, sólo Aquel que se apiadó de la Turba y ante Quien retrocedieron los soldados que iban a prenderle, puede ser el Fuerte que nos salve del abismo. Mas este Hombre, que es Dios, y que no necesita de ningún triste humano auxilio, lleva su extrema dignación a pedir nuestra colaboración. Quiere que, por la oración, por la súplica, por el ofrecimiento sobrenaturalizado de todas nuestras cosas, seamos sus operarios, y dejará que se pierda la mies si, siquiera teóricamente, nosotros, aun cuando no sea sino como tristes plañideras, no le pedimos su socorro. Quiere que nuestra buena voluntad, si no otra cosa, sea la humilde e inmediata causa que ponga en movimiento las aguas oceánicas de su misericordia. Por esto, el Padre que lleva la responsabilidad de todo este movimiento, al que son sensibles miriadas de fieles en el mundo entero, el Padre Tremblay, no halló mejor ejemplo que presentarnos que el de la humilde madre de familia de Quebec, la canadiense...

Y, entretanto, presenciábamos como aquellos dos gigantes Imperios siguen manteniendo tenso al mundo; y como de su fría pugna depende su porvenir. Y admiramos terribles preparativos, y ensayos de ingenios mortíferos que comueven, no ya los hombres, sino incluso los montes y las rocas, más fuertemente que los mismos terremotos... De un lado vemos esto, es verdad. Mas del otro, en nuestros oídos permanecen las palabras del Padre Tremblay. Entretanto, en nuestros tiempos, entre tal agitación, ¿cuáles serán y dónde ofrecerán sus «oraciones, obras y trabajos» aquellas pobres y ocultas almas cuya oración es, ante el Seno de Dios, perfecta, y que serán capaces de apresurar de alguna manera sus misericordias?

Cuando Alejandro caía, cuando Roma surgía y se extendía sobre el Orbe, humildes siervos vuestros, ¡oh Señor!, se hallaban, ante vuestro acatamiento, en oración. Ellos eran más poderosos que los Césares y que los Pompeyos de su siglo, porque movían las palancas de Dios. Igualmente ahora, cuando Rusia extiende por todo el continente antiguo sus soldados, y Norteamérica prepara sus ingenios de poder, y sus carros de tierra, mar y aire, y el universo entero parece estremecerse, ¿cuáles serán, Señor Jesús, los misterios de vuestro amor? ¿Será poderoso depositario de los mismos aquel humilde empleado del comercio en cualquier población de Europa, un triste barrendero de alguna capital inmensa, aquella pobre madre del Quebec lejano o quizá un oscuro sacerdote enteramente consagrado a su misión? Ni el Mundo ni nosotros lo sabremos ahora, ni quizá, oficialmente, tendrá jamás noticia de ello la misma Iglesia militante. Mas Vos y la Iglesia, que ya ha triunfado, no ignoráis estos arcanos de vuestro propio Corazón. Y, vencedores del nuevo Paganismo, como lo fueron del antiguo, estos ínclitos amantes vuestros, que no han doblado la rodilla ante Baal, cantarán un día sus excelencias, futuros capitanes de vuestras huestes, en las que nosotros, humildes soldados, queremos permanecer siempre enrolados.

Luis Creus Vidal

# Balance moral del paganismo

El mundo pagano, que cristaliza y tiene su máximo esplendor—si cabe la expresión—en los tiempos del apogeo de Roma, su espíritu y su clima, queda magníficamente plasmado en estas páginas, crudas por su verismo, de DUPANLOUP, que transcribimos a continuación, repletas de citas de autores paganos de aquel tiempo, en las que se puede apreciar el tremendo balance del paganismo antiguo.

Dios no creó al hombre para el odio ni para la muerte, pues le creó a su imagen y semejanza, y siendo así le hizo para la vida y para el amor.

Dióle luego una compañera semejante a él, digna de él, y sacada de él mismo, para que le socorriese y fuese su ayuda en la vida; su amiga, su compañera, y no su esclava. Después les dijo: *Creced y multiplicaos y cubrid la tierra con vuestros hijos*. Esto era decirlo todo, y así, a imagen y semejanza de la sociedad divina, debía formarse una sociedad de vida, inteligencia y amor: la vida recibida de Dios, transmitida, perpetuada, multiplicada con la inteligencia, es decir, la razón, la sabiduría, la luz por guía; y el amor, a saber: la bondad, la caridad mutua, el afecto, la sensibilidad delicada, la generosidad, la ternura y la compasión por lazo eterno. Tal fué el designio de Dios y la institución primitiva de la sociedad humana; pero esa hermosa obra se descompuso pronto, y de repente, un día todo apareció cambiado, trastornado...

Abro los primeros anales de nuestra historia, y no llego a la tercera página sin encontrar un espectáculo espantoso. Es una mujer, una madre que se arroja sobre el cuerpo inanimado de su hijo: es Eva, la primera mujer del hombre, y ese hijo es Abel, muerto ya por su hermano. He aquí lo que el amor primitivo y divino había llegado a ser en el corazón del hombre. La envidia, la baja y cruel envidia, esa misma que amenaza todavía hoy derribar el universo entero, y con ella el odio, la cólera, los impulsos más violentos del orgullo, el asesinato y todos los golpes mortales, habían entrado en el mundo: *Iratus est Caim... concidit vultus ejus... interfecit fratrem suum* (1)... Poco después, el amor carnal, los celos, la venganza sin freno, dieron el espectáculo del segundo asesinato: es la historia de Lamech: *Occidi virum in vulnus meum... in livorem meum* (2)...

Y desde entonces, y durante cuarenta siglos, el mundo entero ya sólo ofrece a las miradas del observador atento un estado de sociedad espantoso!

Hoy, que el Evangelio lo ha cambiado todo, que todo lo ha regenerado sobre la tierra, disfrutamos con soberbia ingratitud de sus beneficios: hablamos con complacencia de fraternidad, de igualdad, de filantropía... hasta de caridad; y en la injusticia de nuestra ceguera volvemos esos nobles sentimientos, esos benéficos nombres, contra Jesucristo, único a quien debemos la felicidad de haberlos encontrado y también de comprenderlos.

Antes de Jesucristo, preciso es recordarlo puesto que la ingratitud de los hombres lo ha olvidado tan extrañamente, todo eso, no sólo era desconocido en la tierra, sino que se hollaba, se deshonraba, se maldecía en la humanidad.

Aquí es donde para apreciar mejor el beneficio, y antes

de contemplar esa gran luz de la caridad cristiana, que ha renovado la faz del mundo, debemos penetrar en la obscura noche de los siglos paganos, y decidirnos por un momento sondear sus tenebras.

Ciertamente espanta leer en los historiadores de la antigüedad lo que era el mundo antes del cristianismo. Había en los hombres más pacíficos y en los pueblos más civilizados una dureza de corazón, un desprecio a la humanidad, una aversión a los pobres, un horror por los desgraciados y una inclinación al asesinato, tales, que apenas podemos con nuestras ideas cristianas y a la distancia a que nos hallamos concebir costumbres tan inicuas y crueles. El fondo de todo eso era un orgullo sin límites, un egoísmo desenfadado, que todo lo sacrificaba a sus deseos sin ningún remordimiento; y San Pablo resumió la historia del antiguo mundo cuando, dirigiéndose a los romanos, cuya civilización triunfante había absorbido todas las fuerzas y todos los vicios de los pueblos vencidos, les decía cara a cara, con intrépida firmeza y sin temer ni encontrar contradicción: «Vosotros carecéis de afecto y de amor, *sine affectione... absque faedere... vosotros no tenéis dulzura, ni conmiseración, ni piedad, repletos malitia... nequitia... amaritudine... odiáis y os odian, odibiles et odientes invicem; estáis sin corazón, en fin, y sin entrañas, sine misericordia* (3)...».

Y no se crea que el celo de San Pablo le arrastró aquí demasiado lejos; no, pues de todos los historiadores de su tiempo es el más comedido.

Los autores paganos, filósofos, poetas, historiadores, Platón, Aristóteles, Aristófanes, Plauto, Tito Livio, Tácito, Suetonio, Plutarco, todos, en fin, nos cuentan esos horrores con una sencillez y ligereza de lenguaje que hace estremecer. Se ve que aquellas eran las costumbres públicas admitidas por las naciones más civilizadas: era el fondo del carácter romano, era el alma y el corazón mismo de la sociedad pagana. No tenía otro.

Sí, lo que la crueldad y la corrupción hicieron del corazón del hombre antes de Jesucristo, los sentimientos, las ideas, las leyes que contra la naturaleza prevalecían en todas partes, lo que había llegado a ser el hombre para el hombre, es espantoso decirlo y casi imposible creerlo hoy día.

Nada igualó jamás al desprecio y a los atentados de que fué objeto el hombre; nada podría igualar a lo que se osó contra su dignidad moral, libertad y vida.

Los extranjeros, los prisioneros, los vencidos, los esclavos, los enfermos, los deudores, los pobres, los niños, ancianos y mujeres, los obreros, todo, en fin, lo que era débil, todo lo que sufría, todo lo que trabajaba, todas las dolencias, todas las miserias humanas, todo eso era aborrecido, escarnecido, hollado.

(1) Gen., c. IV, v. 5, 8.

(2) Gen., c. IV, v. 23.

(3) S. Pablo, E. a los romanos, c. I, v. 29, 30, 31; c. III, v. 14; E. a Tito, c. III, v. 3.

Al recordar estas cosas no pretendo asegurar que no pueda citarse de la antigüedad ni una hermosa palabra ni un sentimiento generoso, ni acciones benéficas y laudables. Lejos de mí negar esas protestas de la conciencia humana contra la dureza e inhumanidad de las costumbres sociales, y de recusar esos testimonios de la persistencia inmortal de la imagen de Dios en el hombre: la divina imagen fué horriblemente desfigurada; pero nunca se borró ni tampoco podía borrarse; y he aquí que hubo siempre paganos que valían más que el paganismo, y porque aparecieron con frecuencia en aquella noche de profundas tinieblas destellos precursores de un tiempo mejor. Así como la razón se iluminaba a veces con los resplandores de la verdad, y los filósofos han escrito lo que se ha llamado el *prefacio humano del Evangelio*, así el corazón del hombre nunca ha crecido de nobles impulsos, de algún recuerdo de esa ley natural, de la que San Pablo, escribiendo a los mismos romanos, ha proclamado el indestructible imperio (4); y hasta me atreveré a decir de algún presentimiento de las virtudes cristianas. ¿Qué se nos puede objetar sobre este punto? ¿No somos nosotros los que hemos reunido en una recopilación célebre esos rayos diseminados de verdad y de virtud, y los que damos cada año ese librito cuyo nombre clásico es bastante conocido (5) entre la juventud? Y ¿no he tenido yo mismo la dicha de manifestarlo un día ante los amigos más conocedores de la antigüedad (6)? «No, nosotros no reprobamos con el nombre de paganismo lo que fué en esos siglos antiguos el supremo esfuerzo de la humanidad para anudar el roto hilo de las tradiciones antiguas, y hallar la luz que Dios hacía brillar aún, como un último y benéfico reflejo de su verdad, a fin de NO DEJARSE EL MISMO SIN TESTIMONIO EN EL MUNDO (7).»

La verdad es que el mundo pagano, considerado, no según algunos sabios, no en algunas nobles excepciones, sino en la generalidad de los hombres y en la universalidad de las costumbres, no conocía la misericordia. La gran fraternidad cristiana, la caridad de las almas, no estaba allí: se puede citar o confirmar algunos textos; pero este punto no se discute.

¿Quién no ha oído hablar de las grandes y odiosas distinciones que separaban entonces y dividían al género humano? ¿Quién no sabe cómo los griegos y los romanos relegaban al desprecio, al odio y a la muerte, tratándoles de bárbaros, a todos los que no eran ellos? Y ¿quién ignora lo que eran las lecciones de sus sabios?

En cuanto al derecho de guerra, era por demás terrible, y la suerte del vencido espantosa, pues se le condenaba a esclavitud o a muerte.

Y ¿quién puede extrañarse de esto sabiendo de qué modo eran tratados entre los ciudadanos mismos, entre los habitantes de una misma ciudad, los pobres y los deudores?

La ley los entregaba a merced del usurero que los había arruinado, y en tanto que los desgraciados no pagaban eran esclavos; se les encadenaba como tales, y como esclavos eran castigados (8), vendidos o decapitados (9).

(4) S. Pablo, E. a los rom., c. II, v. 14, 15.

(5) *Selectae e profanis scriptoribus*.

(6) Discurso de recepción en la Academia francesa.

(7) *Non sine testimonio semetipsum reliquit* (Hech., c. XIV, versículo 16).

(8) *Acriores quippe aeris alieni stimulos esse, qui non egestatem modo atque ignominiam minentur, sed nervo ac vinculis corpus liberum terrent* 1. (Tit.-Liv., VI, 11.)

(9) *Capite poenas dabant, aut trans Tiberim peregre venum ibant* (Aulugellio, XX, 1).

Pero, y ¿si el deudor tenía muchos acreedores? Entonces la ley, sin retroceder ante las horribles consecuencias, disponía que fuese cortado en pedazos, *per partes secando*, cada uno de los cuales se entregaba a un acreedor: este es el texto mismo de las Doce Tablas.

Quintiliano (10) y Tertuliano (11) no dejan duda alguna sobre este punto.

Yo sé que más tarde se modificó esa ley atroz, y por mi parte dudo de que se pusiera nunca en ejecución; pero fácil es concebir cuánta debe ser la prodigiosa crueldad del alma que inspira semejantes leyes; Tito Livio mismo, que reflere cómo se modificó aquella, añade friamente: «Entonces se rompió un lazo poderoso de la buena fe (12).» Conocidas son por los demás las escenas lamentables con aquellos deudores escapados del *ergastulum*, que iban al Foro a mostrar al pueblo las sangrientas cicatrices de los golpes que habían recibido en las espaldas y en el pecho. En todas las casas de los patricios, sin excepción, había una de aquellos espantosas prisiones (13).

En esta horrorosa barbarie de las costumbres, ¿qué había de suceder con los seres débiles, como los mismos ancianos, los enfermos, los indigentes, los niños y los esclavos?

Respecto a los ancianos yo sé que Esparta y también Roma, a su modo, les profesaba cierto respeto; pero también sé que éste tenía sus límites, sufriendo en las costumbres terribles acometidas. Cuando llegaban las enfermedades y la decrepitud, cansábanse con demasiada frecuencia de aquellos seres impotentes, enfermizos e inútiles; creíase que para ellos la vida era una carga y la muerte un beneficio, y algunas veces les quitaban la vida por humanidad. Los pueblos del antiguo Lacio los precipitaban a menudo desde lo alto de un puente, y a causa de esto se les llamaba *senes depontani*. Roma privaba a los ancianos a los sesenta años del derecho de sufragio, conservando para expresar esta exclusión la insultante y amenazadora frase que recordaba la costumbre romana, *de ponte in Tiberi dejicere* (14). Los cántabros hacían aún más, pues estrellaban a las víctimas contra una roca (15). Herodoto y Strabon nos dicen que los mesagetas, ese pueblo valeroso que venció a Ciro, llegaban hasta el extremo de comerse la carne de sus ancianos después de haberlos matado por compasión y como para dispensarles una honra (16).

Pero, ¿qué discusión, qué asombro es aquí posible cuando la barbarie de las costumbres era tal, que había apagado en los corazones hasta el sentimiento paternal, haciendo del hijo, en la antigüedad pagana, la víctima de las más abominables leyes? Los niños se veían sin cesar

(10) *Sunt quaedam non laudabilia natura, sed jure concessa; ut in XII tabulis corpus debitoris per partes secari licuit* (Instit. Quint., II, 6).

(11) *Judicatos in partes secari a creditoribus leges erant* (Apología, IV).

(12) *Victum eo die ob impotentem injuriam unius ingens vinculum fidei* (Tit.-Liv., lib. VIII, c. 28).

(13) *Repleri vinctis nobiles domos, et ubicumque patricius habitet, ibi carcerem privatum esse* (Tit.-Liv., lib. VI, 36). *Ductum se ab creditore, non in servitium, sed in ERGASTULUM ET CARNIFICINAM esse. Inde ostentare tergum foedum recentibus vestigiis verberum* (II, 23).

(14) *Festus, De verborum significatione*: Cicero, Pro Sexto Amerino. Ovid., in V Factorum.

(15) *Mirus amor populo, quum pigra incanuit aetas, Imbellis jamdudum annos praevertere saxo.*

(Sil. Ital., Lib. III, v. 328.)

(16) Los mesagetas no prescribían ningún límite a la vida; pero cuando alguno llegaba a una extrema vejez, reuníanse los parientes para inmolarse con animales, y después de cocer su carne celebraban un festín (Herodoto, fin del libro primero, traducción de Du Reyer, de la Academia francesa, 1658). Según ellos, la más hermosa muerte, cuando llegaban a la vejez, era ser cortados en pedazos y comidos con otras carnes (Estrabón, traducción en 4.ª hecha por el emperador en 1805).

condenados al abandono, al infanticidio, o a un tráfico execrable.

Y a la verdad que era preciso que esos crímenes fuesen muy frecuentes para que Tertuliano, dirigiéndose a los primeros magistrados del imperio, se atreviese a decir en su *Apologética*: «Entre todos esos hombres que tienen sed de sangre cristiana, entre todos esos que nos acusan, entre esos jueces tan rigurosos para nosotros, ¿no habrá algunos que hayan dado muerte a sus hijos... ahogado o hecho perecer de hambre, arrojado, en fin, como pasto a los perros, a los buitres?» (17).

Los legisladores más eminentes y sabios de Grecia, como Licurgo y Solon y en Roma la ley de las Doce Tablas, sancionan formalmente estas barbaries.

He aquí la ley de Licurgo: «Cuando nace un niño es preciso deliberar desde luego sobre su vida o su muerte: si es de complexión vigorosa, vivirá, pero si es débil o mal conformado, se le arrojará en el abismo del monte Taigeto» (18).

Según la ley de Solon, cuando nace un niño se le quita del seno de su madre, y se le echa a los pies del padre; si éste le toma en brazos, es señal de que vivirá; pero si aparta la vista se le abandona y mata (19).

He aquí el texto de la ley de las Doce Tablas: Si el niño es contrahecho, mátele el mismo padre sin dilación: *Puerum, pater, cito necatol*

Y los filósofos y los sabios, ¿han protestado acaso contra esas costumbres y esas leyes? No, todo eso les ha parecido legítimo y razonable: «No es bueno para ellos ni para el Estado que vivan estos niños», dice el sabio Plutarco (20), y Séneca, en su *Tratado sobre la cólera*, escribe sabiamente: «Nosotros matamos a un perro rabioso, o a un buey peligroso, y ahogamos a nuestros hijos si nacen débiles o contrahechos; pero esto no es cólera, es razón, es desembarazarse de lo INUTIL» (21).

Y ¿qué diremos de los gladiadores y esclavos?

Ya sé que sobre eso se ha dicho cuanto hay que decir, y a puro volverlo en lugar común se ha concluido por no aclararlo más y por olvidar el eterno reconocimiento debido al Evangelio de Jesucristo, que es el único que ha libertado al mundo de esos horrores.

¿Qué era el esclavo en los tiempos antiguos? Un hombre poseído por otro, entregado a la omnipotencia absoluta, a la completa merced de un amo; un hombre reducido al estado de cosa, *res mancipii*; un hombre con quien puede hacerse cuanto se quiere; un hombre que se puede vender, comprar, dar o cambiar, que se explota, encadena, tortura y mata o crucifica.

Nada puede leerse en los autores antiguos que sea tan horrible como la descripción de los castigos impuestos a los esclavos.

Los espartanos lo podían todo contra ellos, «sin que las leyes intervinieran en lo más mínimo. Se les obligaba a recibir todos los años cierto número de golpes sin que los hubiesen recibido, y únicamente para que no olvidaran

(17) Tertul., *Apolog.*, IX.

(18) Cuando nacía el niño, el padre mismo le llevaba a cierto sitio destinado al efecto, y reunidos allí todos los miembros más ancianos de la familia reconocían al niño. Si le encontraban feo o contrahecho disponían que fuese arrojado a un barranco situado al pie del Taigeto, emitiendo la opinión de que no convenía al niño ni a la cosa pública conservar la vida (Plut., trad. D'Amyot).

(19) Dureau de la Malle, *Economía política de los romanos*, t. I, pág. 408.

(20) Loc. cit.

(21) Rabidos affligimus canes, trucem atque immansuetum bovem coedimus... Liberos quoque, si debiles, monstrosique editi sunt, mergimus. Non ira, sed ratio est a sanis inutilia secernere (De Ira, libro XIV).

que eran esclavos. Si alguno parecía querer salirse de su esfera, *era castigado con la muerte, y el amo pagaba una multa*» (22).

Los romanos los encadenaban a centenares como si fuesen animales, encerrándolos en el *ergastulum*, especie de calabozo subterráneo. No se les quitaba la cadena de día ni de noche, y con ella trabajaban en el campo (23). Algunos pasaban la vida encadenados dando vueltas a la rueda de un molino (24). Un autor pagano (25), describiendo el aspecto de aquellos desgraciados, dice: «La piel surcada por las lividas señales del látigo, marcada la frente, rapada la cabeza, los pies oprimidos por un anillo de hierro, pálidos, flacos, extenuados y sin tener ya las facciones aspecto humano». Para todos, las correas, los azotes, el palo (26), los grillos en las manos y en los pies (27), la horquilla al cuello, el tormento, la marca (28) y la cruz (29). No hablo del hambre, de la sed, del calor, del frío, de la continua fatiga, ni haré mención tampoco de los tremendos golpes que les daban en la boca, rompiéndoles a veces los dientes, y para lo cual se les hacía poner bien la cara a fin de pegarles mejor (30). Y esto por el motivo más insignificante, por una palabra, por un estornudo (31).

Para azotarlos se les suspendía de una viga con un peso de cien libras a los pies (32).

Es preciso ver en los cómicos latinos y griegos, pintores vivos, pero necesariamente fieles, de aquellas costumbres, las amenazas que se les hacían y la especie de brutal indiferencia con que los mismos esclavos recordaban entre sí, en su intraducible lenguaje, los golpes que recibían; es necesario ver en los satíricos, otros autores de aquel tiempo, esos furros, esos golpes multiplicados, esos verdugos pagados anualmente para castigar, y esa matrona armada de agudos verdugillos con que aguijoneaba a sus esclavas (33), en tanto que se ponía colorete, hablaba a sus amigas o admiraba la franja de sus vestidos (34). La muerte se prodigaba como los bofetones, por el menor capricho; y en prueba de ello citaremos el siguiente diálogo: «—Una cruz para este esclavo. —¿Qué ha hecho para merecer la muerte? ¿Dónde están los testigos? ¿Quién pre-

(22) *Memorias de la academia de inscripciones y bellas artes*, tomo XXIII, 271.

(23) Wallon, *Historia de la esclavitud en la antigüedad*, t. II, página 217.

(24) Ferratus in pistrino acetate conteres tuam (Plaut., *Bacch.* IV, v. 732).

(25) Apuleyo, *Metam.* IX, pág. 198.

(26) Neque ego homines magis asinos vidi, ita plagis costae callent. (Plaut., *Pseud.*, I, II, 133.)

*Latera conteram tua, quae obcallere plagis.*

(Id., *Asin.*, II, IV, 13.)

(27) *Verbera, compedes, moloe, magna Lassitudo, fames, frigus, durum, etc.* (Plaut., *Menaechm.*, V, VI, 874.)

(28) Inexpiabili litterarum nota per summam oris contumeliam inustus (Val. Max., VI, VIII, 7).

(29) *Pasces in cruce corvos* (Horac., *Ep.*, I, 16.)

*Patibulus ferar per urbem, deinde adfigar cruci*

(Plaut., *Frag.* II, 46, de la pieza titulada: *Carbonaria*.)

(30) Deobry, *Roma en tiempo de Augusto*, I, 435.

(31) Et ne fortuita quidem excepta sunt, tussis, sternutatio, singultus. Quid enim est cur tussis alicujus, aut sternutamentum, aut musca parum curiose fugata, nos in rabiem agat, etc. (Sen., *De ira*, II, 25).

(32) Nudus vincetus centum pondo es, quando pendes per pedes. (Plaut., *Asin.*, II, 53.)

(33) *Sauciat ora Unguibus, et rapta brachia figit acu.* (Ovid., *Art.*, Am., III, 239.)

(34) ... Sunt quae tortoribus annua praesent. Verberat, atque obiter faciem linit, audit amicas. Aut latum pictae vestis considerat aurum, Et caedit...

(Juv., VI, 480 et seq.)

senta la queja? Escucha: la vida de un hombre vale la pena esperar un poco. — ¡Insensato! ¿Acaso un esclavo es un hombre? No ha hecho nada; pero, ¿qué importa? ¡Muera! Yo lo quiero y lo mando: mi razón es que lo quiero» (35).

La historia habla como los poetas: Plinio y Séneca son los que nos dicen que Vedio Polion, caballero romano, amigo del divino Augusto, engordaba a sus murenas con esclavos (36). Un vaso roto, *crystallinum*, bastaba para que arrojara al pobre esclavo en el terrible vivero (37).

Yo sé que el príncipe condenó a su amigo; pero no es menos cierto que hasta el divino Augusto, *divus habitur Augustus*, mandó crucificar un día a un tal Eros porque el desgraciado asó y se comió una codorniz que el príncipe estimaba (38).

Como a Calígula, su nieto, le costaba demasiado alimentar las fieras del circo, mandó que se les echaran esclavos (39). La suerte de estos esclavos en su vida era tan espantosa, que para librarse de ella se arrojaban en la arena bajo las garras de las fieras (40).

Y Tácito, en fin, es quien nos refiere el hecho siguiente: «Habiendo muerto asesinado por uno de sus esclavos Pediano Segundo, prefecto de Roma, según la antigua costumbre todos los esclavos que vivían bajo el mismo techo que el delincuente debían morir crucificados (41). «Eran cuatrocientos entre hombres, mujeres y niños, y al ver el pueblo conducir aquella multitud al suplicio, se conmovió por sus gritos. El Senado se reúne para deliberar; pero después de un discurso que el historiador nos ha conservado, votóse el suplicio, y los cuatrocientos esclavos perecieron en cruz.

Y los hombres a quienes se trataba así, ¿eran sólo unos cuantos desgraciados? No, eran millones de criaturas humanas, pues las cifras históricas son prodigiosas. Sólo en Atica, un censo oficial hecho por Demetrio Falero dió por resultado, según el testimonio de Ateneo, 20.000 ciudadanos libres, únicamente, y 400.000 esclavos (42). En Roma había romano que tenía 1.000, 10.000 y hasta 20.000 esclavos (43) y era tan considerable su número, que el Senado, según dice Séneca, jamás quiso permitir que les dieran un traje especial por temor de que se contasen (44).

Al par de la esclavitud existía antes del cristianismo otra cosa horrible, más espantosa aún: eran los juegos de circo y las luchas de gladiadores.

Ver a hombres matarse entre sí o ser devorados por las fieras, era la gran fiesta, la suprema delicia del pueblo rey. El romano no conocía placer más dulce, y bajo la abyecta tiranía de los emperadores sólo pedía dos cosas en cambio de la libertad: pan y juegos, *panem et circense* (45). La

magnificencia romana nada perdonó para construir esos inmensos recintos donde miles de espectadores podían disfrutar de aquel horrible placer.

«Detestables juegos, dice un padre de la Iglesia, combates horribles donde los espectadores sólo se interesan por las fieras, mostrándose más descontentos que ellas cuando la presa humana se escapa y huye, y por el contrario, aplaudiendo satisfechos cuando la víctima es cogida, cuando ven sus miembros palpar entre los dientes que los desgarran, y la arena cubierta de sangre. Benévolos para con los tigres, excitaban su furor como si fueran a cebarse con ellos en la carne y la sangre del hombre (46).»

He allí los juegos para los cuales los procónsules de las provincias lejanas ordenaban grandes batidas, prohibiendo terminantemente matar las fieras: era necesario cogerlas y guardarlas vivas (47) para que bebiesen en los anfiteatros romanos la sangre de los hombres entre los aplausos del pueblo.

*Ut bibat humanum, populo plaudente, cruorem* (48).

Y había entre todos aquellos cónsules, patricios y ediles, entre todos aquellos candidatos a favor del pueblo y del imperio, una espantosa emulación en presentar más fieras y hacer desgarrar más hombres.

Sila hizo sacar al circo cien leones de larga melena; César, cuatrocientos; Pompeyo, llamado el Grande, seiscientos, y Augusto se redujo a cuatrocientas veinte panteras y treinta elefantes. Hubo luchas de fieras y de hombres que se prolongaron cinco o seis días sin interrupción (49).

Los combates de hombres contra hombres eran todavía más temibles, y arrojaban a los gladiadores en la arena a cientos y a millares. César, para celebrar ciertas fiestas, hizo pelear seiscientos cuarenta en trescientas veinte parejas (50). Pero esto no es nada todavía. Tito, *Tito, la esperanza del mundo y el amor de los romanos*, hizo durar cien días las fiestas de su triunfo; cien días, durante los cuales tuvieron que degollarse millares de hombres en honor del príncipe y por el placer de los romanos (51). El buen emperador Trajano prolongó las fiestas hasta ciento veintitrés días e hizo combatir 10.000 hombres (52); Adriano se limitó a seis días (53). Comodo ordenó más de mil de aquellos combates y necesitaba verlos hasta a las horas de comer a fin de disfrutar de todos los placeres a la vez (54). Allí reunía a los gladiadores con las cortesanas. El viejo Gordiano, antes de ser emperador, daba doce espectáculos al año, uno mensual, de ciento cincuenta a quinientas parejas cada vez (55). En Roma

(35) ... *Pone cruce[m] servo-Meruit quo crimine servus supplicium? Quis testis adest? Quis detulit? Audi: Nulla unquam de morte hominis cunctatio longa est. — O demens! ita servus homo est! Nil fecerit, esto. Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.* (Juv., VI, 219-223.)

(36) *Murenas sanguine humano saginabat* (Sen., *De clementia*, I, 18; Pl., *Hist. nat.*, IX, 39, 2).

(37) *Si calix tuus fractus est, viscera hominis distrahentur* (Sen., *De ira*, III, 40).

(38) Plut., *Apophth. Aug.*, IV, pág. 207.

(39) Suet., *In vita Calig.*, 27.

(40) *Si in arenam servus se dederit... Quoniam interdum, ad fugiendam inquisitionem vel justitiam animadversionis, in arenam se dare mallunt* (L. 5 (*Triph.*), D. XI, IV, *De fugit.*).

(41) *Praefectum Urbis Pedanium Secundum servus ipsius interfecit. Quum, ex veteri more, familiarum omnem quae sub eodem tecto mansitaverat, ad supplicium agi oporteret, etc.* (Tac., *Annal.*, XIV, 42-44).

(42) Ath., VI, 272.

(43) *Probe nosti Romanos quamplurimos servos possedissee, ex illisque permultos habuisse mancipiorum decem millia, et viginti, et etiam plura (Ibid.). Postquam vero nationes in familiis habemus* (Tac., *Ann.*, XIV, 44).

(44) Sen., *De Clem.*, I, 24.

(45) Juvenal, Sat. 10.

(46) San Gregorio Nacianceno.

(47) Deozbry, *Roma en tiempo de Augusto*, t. III, pág. 501. Tal llegó a ser el monopolio del anfiteatro sobre las fieras, que un león o una pantera, bajando por los desiertos de Africa, se consideraban como cosas sagradas que debían respetarse aun a riesgo de la vida. Cierta emperatriz, prefiriendo, en fin, a sus placeres la vida de sus súbditos, permitió al hombre matar un león para defenderse, lo cual era ya un progreso; y se necesitó un Justiniano para permitir cazarlos y venderlos, haciendo cesar por completo la inviolabilidad de las fieras (Champagny, *La caridad cristiana*, pág. 23).

(48) Petron., c. 119, v. 18.

(49) Deozbry, *Roma en tiempo de Augusto*, t. III, pág. 501.

(50) Plut., *Vita Caesaris*, 5.

(51) Justo Lipso, *Saturnalia*, I, II.

(52) *Bonus ac moderatus princeps Trajanus spectacula ejusmodi per dies centum viginti tres continuavit, et gladiatorum decem millia dedit* (Dion, LXVIII, 15).

(53) *Adrianus Caesar gladiatorum munus per sex dies continuavit* (Spart. *Adri.*, 7).

(54) *Mille prope pugnas publice, populo inspectante, gladiatorias Imperator (commodus) exhibuit... Gladiatorum etiam pugnas frequentes in convivio habuit, trahens coenam usque ad noctem...* (Jul. *Capit. Marc. Aurel.*, 19).

(55) *Duodecim populo romano munera, id est per singulos menses singula, de suo exhibuit, ita ut gladiatorum nonnumquam quingena paria, numquam minus centenis quinquagenis* (Jul. *Capit.*, *Gord.*, 3).

hubo mes en que se mataron más de veinte mil hombres para divertir a los demás (56). Claudio, que no era malvado, no podía privarse de semejantes funciones, y le gustaba que los gladiadores combatesen sin casco, a fin de que tanto él como el pueblo vieran el rostro de los moribundos: *Ut expirantium facies videret* (57), dice su historiador.

El entusiasmo del pueblo en aquellas funciones era indecible. Allí estaba Roma entera; el emperador presidía, y los gladiadores, al pasar delante de él, inclinábanse diciendo: ¡César, los que van a morir te saludan! (58). Los primeros puestos se reservaban para los caballeros y senadores, y también para las vestales. A cada golpe levantábase el pueblo, y cuando el acero se hundía en la garganta, estremecíanse todos de gozo: ¡Ya tiene! ¡ya tiene!, exclamaban (59). Y cuando el vencedor, teniendo al vencido bajo las rodillas, con la espada sobre su pecho, esperaba la orden del pueblo, las vestales, así como los demás, alzaban o bajaban el pulgar para ordenar la vida o la muerte, pues esta era la señal suprema (60). Si el gladiador

vacilaba o combatía flojamente enfurecíase el pueblo, pues esto era injuriarle, robarle su diversión, su placer; y entonces de todos los puntos del anfiteatro partían estos gritos: ¡Hiere! ¡Mata! ¡Quema! ¡Occide! ¡Verbera! ¡Ure! (61). Es necesario comprender esta última palabra de Séneca, *ure*, y vamos a explicarlo. En las barreras del circo había unos guardas que con un hierro candente en la mano obligaban a golpes a los combatientes perezosos a lanzarse a la arena, agujoneándolos sin cesar. Preciso es convenir, no obstante, que esto era raro, pues el gladiador no ignoraba lo que debía a tan gran pueblo, y una vez caído dirigía animosamente la punta de la espada contra su garganta o su pecho (62). Pero entre todos esos horrores hay uno que me ha impresionado más que todos. Hele aquí:

Terminado el día y al llegar la noche, cuando todos esos cuerpos heridos y moribundos yacían aún por la arena, penetraban en el circo varios hombres armados con un hierro candente, y a golpes remataban a las víctimas; si encontraban alguna que se obstinaba en vivir la llevaban arrastrando con garfios a un antro *ad hoc*, que se llamaba el *spoliario*, y allí varios jóvenes gladiadores, aprendices del oficio (*tirunculi*), acababan de matarlos a estocadas y puntapiés (*confectores*) para ejercitarse (63).

Y entre tanto César con sus senadores, caballeros, vestales y pueblo se iban alegres y satisfechos.

(56) Justo Lipso, *Saturn.*, I, II.

(57) Sueton., *Vida de Claudio*.

(58) Caesar, *morituri te salutant* (Suet., *Vida de Claudio*).

(59) *Hoc habet!* (Juv., 5, 3).

(60) ... *Consurgit ad ictus,  
Et quoties victor ferrum jugulo inserit, illa  
Delicias ait esse suas...*  
(Prud., *Cont. Sym.*)

... *Pectusque jacentis  
Virgo modesta jubet, converso pollice, rumpi.*  
(Prud., *ibid.*)

... *Converso pollice, vulgi  
Quemlibet occidunt populariter...*  
(Juv., 3.)

(61) *Injuriam putat quod non libenter percant, contemni se judicant... Occide Verbera, ure, quare tan timide incurrit in ferrum?*, etc. (Sen., ep. VII).

(62) *Jugulum adversario praestat, et errantem gladium sibi attemperat* (Sen., ep. 17).

(63) Dezebry, III, 521.

## La condena a las bestias feroces

Reproducimos este fragmento de la obra italiana de CÉSAR GALLINA, «Los Mártires de los primeros siglos» especie de síntesis acerca de lo mucho que se ha dicho y estudiado en torno a los Mártires de los primeros siglos cristianos.

Al principio en la República romana no estaban permitidos los combates con las bestias feroces. Un senado-consulta prohibía la importación a Italia. Tal espectáculo era considerado como dañino, cruel e inmoral. Los legisladores comprendían bien que el ánimo de los ciudadanos, al deleitarse con las muertes sangrientas y horribles, no sólo de seres irracionales, sino también de personas humanas, pronto perdería todo sentimiento de civilización. Pero, contra la prohibición del Senado prevalecieron las desenfrenadas pasiones, la degeneración de las costumbres y los instintos bajos del pueblo pagano, y se introdujeron los juegos venatorios. Llegaron a ser un frenesí, y corrían a ellos en masa nobles y plebeyos, y muchas veces los mismos Emperadores se entretenían en ellos todo el día. No se podían dar fiestas en Roma o en las provincias del Imperio sin que una gran parte de ellas fuesen combates y caza a las fieras. Muchas veces, mientras se desarrollaban los espectáculos más majestuosos y artísticos, los espectadores exigían aullando la diversión de las bestias feroces. Es conocido el grito que se oía en los anfiteatros y también en las calles: «¡Los cristianos a los leones!». Para saciarse mejor con escenas cruentas, el pueblo no encontraba gravoso interrumpir el sueño y correr antes del alba para escoger un buen puesto.

La primera montería o caza sucedió en el año 502 de Roma por obra del tribuno de la plebe Cneo Ausidio. Aquella vez combatieron ciento cuarenta y dos elefantes. En el año 568 comparecieron los primeros leones, las pan-

teras y los osos. Transcurrió un siglo, esto es, después del 660, vemos lanzadas fieras en tal cantidad que tiene algo de fabuloso. Al principio no se dejaban las fieras en libertad, sino que estaban atadas, y las mataban con flechas. Aparecieron, pues, leones u osos a centenares, después leopardos, panteras, tigres, hienas, rinocerontes, hipopótamos, camellos, jirafas, cebras, cocodrilos, toros, vacas y caballos furiosos, ciervos, jabalíes y también una serpiente y un gorila. Durante los juegos dados por Pompeyo, en cinco días fueron muertos seiscientos leones, dieciocho elefantes y otras cuatrocientas diez fieras del Africa.

Era una empresa ardua procurarse un número tan grande de bestias feroces. Se encargaba de ello a los gobernadores y a los procónsules del Africa y del Asia, ofreciéndoles en compensación quintas y casas de campo, y gastando sumas fabulosas. Para no herir a las bestias y capturarlas vivas era también necesario encontrar cazadores expertos y animosos.

La grandísima casa de fieras en Roma, llamada «vivario», estaba construida entre la vía Nomentana y la Tiburtina. Su alimentación, especialmente de ovejas, costaba muchísimo. El emperador Cayo César, para disminuir tal gasto, entró una vez en las cárceles y, al acaso, señaló a los que destinaba para pasto de las fieras.

En el momento del espectáculo los guardas abrían las rejas y soltaban de las jaulas o de las «cáveas» a las bestias feroces; luego, con agujones, azagayas, lanzas, látigos y ayudados por ladridos ensordecedores de perros, las

azuzaban a entrar en la arena, inquietas y sospechosas. A veces las bestias iban atadas entre sí con cuerdas, o hechas más furiosas por el hambre, las heridas y la aplicación de hierros candentes; y sucedía que se revolían contra los mismos guardas y los despedazaban. Los espectadores que estaban sentados en las gradas más bajas, al principio estaban protegidos por un foso, y después por recintos de madera y también de mampostería. El público se fijaba con ávidas miradas en cada fiera, y estudiaba las características de cada una. También se acostumbraba a enjaezarlas con telas de varios colores, placas de metal y láminas de oro y hasta pintarlas con colores extraños.

El león entraba con la cabeza erguida, la melena al viento, caminando ligeramente sobre las garras envainadas y azotando el suelo con la cola. En cambio, el oso avanzaba pesadamente sobre la planta de los pies y oscilando. El toro iba con las narices alzadas, como si quisiese escudriñar el horizonte con sus grandes y tímidos ojos, mientras se encendía en cólera azotando sus costados con la cola, escarbando con las patas y dispersando el polvo. Los jabalíes aguzaban los colmillos y el rinoceronte el cuerno en una piedra dura, mientras los elefantes proboscidianos, mirando fijamente en torno, parecía que amenazasen con sus largos colmillos de marfil. Después de breve tiempo comenzaban los asaltos y la carnicería de las fieras entre sí. Pero para combatir verdaderamente con ellas bajaban a la arena los *venatores* y los *bestiarii*. Los *bestiarii* eran los condenados a la fuerza a hacer semejante menester, en cambio, los *venatores* se dedicaban a eso espontáneamente y por profesión, preparándose en escuelas especiales con prolongado ejercicio, como los gladiadores. No bastaba el ánimo, se necesitaba también destreza y arte.

El peligro no cesaba ni siquiera cuando las fieras estaban domesticadas. Los *venatores* y los *bestiarii* no tenían para su defensa más que un escudo, una espada corta, un yelmo abierto y fajas en el antebrazo y en los muslos. Otras veces no llevaban más que lanzas de madera o azagayas, o iban al encuentro de la fiera agitando con la mano izquierda un paño que luego lo echaban hábilmente a los ojos en el momento del asalto mientras que, con un cuchillo que empuñaban en la derecha, le daban el golpe mortal.

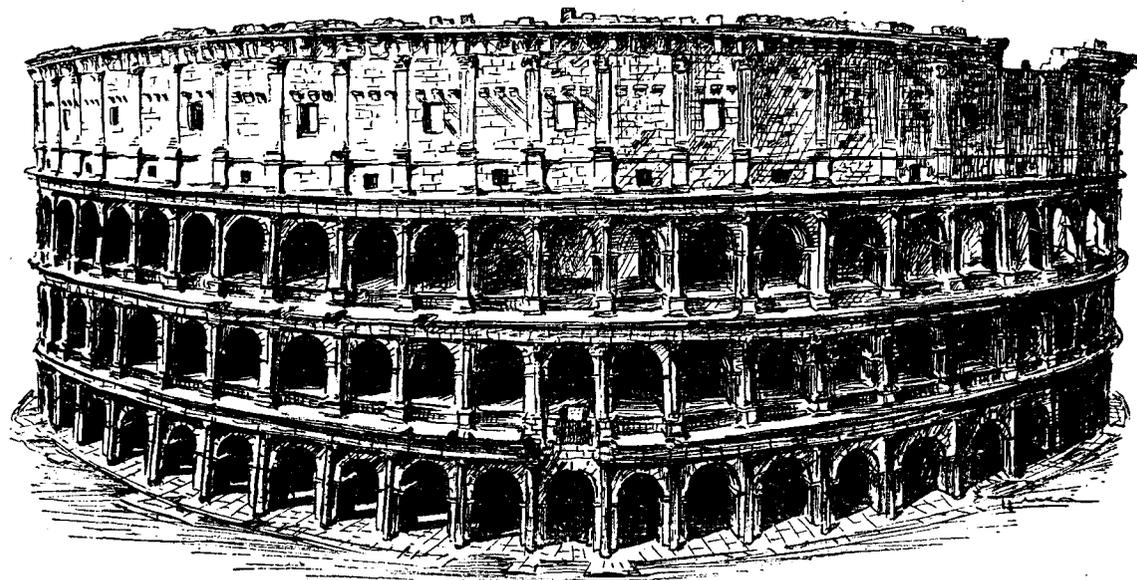
Divertido era el juego de la estera de cañas. El *venator* azuzaba a la fiera, pero cuando ésta se le echaba encima rabiosamente, él se envolvía en la estera erizada de puntas de cañas, y desaparecía como el erizo entre sus púas. Más hábil, pero más peligroso era el juego del salto. Cuando la fiera se lanzaba corriendo para llegar al *venator* y

despedazarlo, éste, a su vez, en lugar de huir, se echaba a correr con ímpetu contra ella, como para caerle entre las fauces. Luego, llegando de frente y casi a al punto de encontrarse, él se libraba con un gran salto al aire en vuelo horizontal, y la bestia, empujada por su misma velocidad, pasaba debajo e iba más allá engañada. A veces se hacía un juego semejante al llamado de las cuatro esquinas, y era persiguiéndose el hombre y la fiera y engañándose recíprocamente; o bien el hombre de un brinco se colgaba de una frágil barra, y desde allí aguijoncaba a la fiera para que lo asaltase.

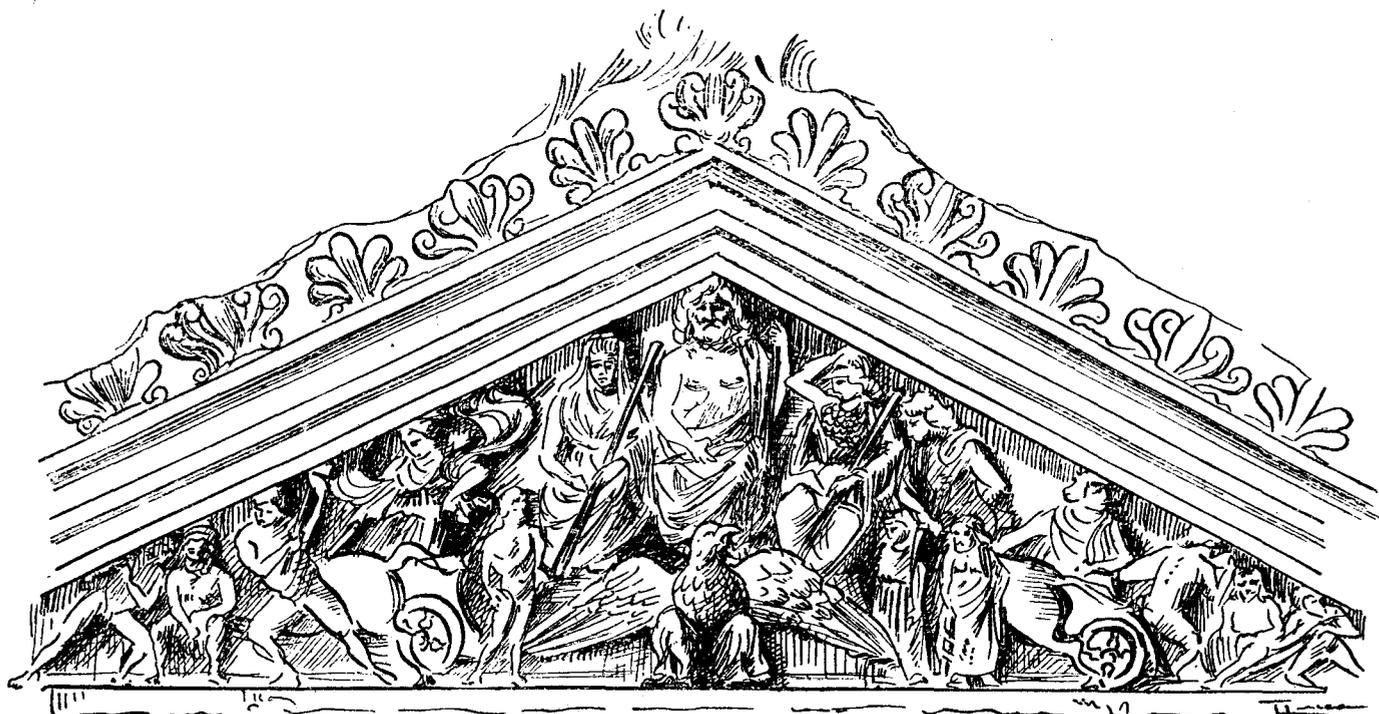
Pero no siempre los juegos terminaban bien, especialmente cuando los destinados a la lucha mortal eran esclavos o prisioneros, inexpertos en el arte venatorio y muchas veces privados de armas y de defensa. Sólo un milagro podía librarlos de los colmillos feroces y de las garras desgarradoras. Ordinariamente los cristianos eran expuestos así inermes en la arena, y si recibían armas no las usaban. Ellos no combatían, sino que, recogidos en oración, esperaban tranquilamente ser alcanzados por las garras uñas o despedazados por las mordeduras. Pero a veces los ataban con cuerdas a la fiera que, corriendo, los arrastraba detrás; o bien, metido en una red, que daba fácil presa a los cuernos de los toros, eran arrastrados por la arena o lanzados al aire. Y cayendo desfallecidos, terminaban despedazados por el furor de la fiera.

Más frecuentemente se hacía subir a los Mártires a una tribuna o tablado con escalones, al que trepaba la fiera ansiosa, con la lengua anhelante en su ancha boca, provista de afilados dientes caninos, y de puntiagudos molares en las encías del color vivo del minio. Y sucedía que la fiera con los ojos fosforescentes y el hálito ansioso de carne se arrojaba cara a cara sobre la víctima horrorizada.

Sin embargo, son indudables los hechos que prueban la protección sobrenatural interviniendo algunas veces para salvar a los Mártires de las bestias feroces, que se volvían mansas y respetuosas con aquéllos, hasta lamerles tiernamente las manos y los pies. Admirables son también los relatos del agradecimiento de los animales hacia quienes los había criado o beneficiado, aunque fuese mucho tiempo antes. Pero, dejando aparte estos casos excepcionales y rarísimos, los cristianos caían, como todos los demás, en las fauces de las fieras, sus miembros venerandos eran arrancados y dispersos, su sangre derramada se coagulaba aquí y allí en la arena, mientras se aplaudía a las fieras vencedoras y la barbarie llegaba hasta coronarlas.



El Coliseo de Roma



Frontón del Capitolio

## Epístola de San Ignacio a los romanos

### Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia que alcanzó misericordia en la magnificencia del Padre altísimo y de Jesu-Cristo, su único Hijo; la que es amada y está iluminada por voluntad de Aquel que ha querido todas las cosas que son conformes a la caridad de Jesu-Cristo, Dios nuestro;

la cual, además, preside en representación de Dios el lugar de los romanos; digna ella de Dios, digna de todo decoro, digna de toda bienaventuranza, digna de alcanzar su deseo;

y puesta a la cabeza de la caridad, seguidora que es de la ley de Cristo, ornada con el nombre del Padre;

a la que además saludo en el nombre de Jesu-Cristo, Hijo del Padre;

a los que corporal y espiritualmente están hechos uno con todo mandamiento suyo;

a los inseparablemente cogolmados de gracia de Dios y limpios de todo extraño color;

yo les deseo en Jesu-Cristo, nuestro Dios, la mayor alegría que sin reproche gocen.

### «Temo vuestra caridad». (I, 1-2)

Por fin, tras muchas oraciones a Dios, he alcanzado la gracia de poder ver vuestros rostros divinos, gracia que tanto había suplicado recibir. En efecto, encadenado por Jesu-Cristo, tengo esperanza de iros a saludar, si es voluntad del Señor, hacerme la gracia de llegar hasta el fin. Porque los comienzos, cierto, bien puestos están, como yo logre gracia, para alcanzar sin impedimento la herencia que me toca. Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique. Porque a vosotros fácil cosa es lo que pretendéis hacer; pero a mí, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios.

### «Mientras está el altar preparado». (II, 1-2)

Porque yo no quiero que busquéis el agrado de los hombres, sino, como en efecto le buscáis, el agrado de Dios. Y el hecho es que ni yo tendré jamás ocasión semejante de alcanzar a Dios; ni vosotros, con solo que calléis, podréis poner vuestra firma en obra más bella. Porque si vosotros calláis respecto de mí, yo me convertiré en palabra de Dios; mas si os dejáis llevar del amor a mi carne, seré otra vez un eco vano.

No me procuréis otra cosa, fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras el altar está todavía preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre en Jesu-Cristo, por haber hecho Dios al obispo de Siria la gracia de llegar a su ocaso, después de hacerle venir desde el Oriente. ¡Hermoso es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, se ponga en Dios, para que en El amanezca!

### «A otros habéis enseñado». (III, 1-3)

A nadie jamás envidiasteis; a otros habéis enseñado. Ahora bien, lo que yo quiero es que lo que a otros mandáis cuando los hacéis discípulos del Señor, sea también firme respecto a mí. Lo único que para mí habéis de pedir es fuerza, tanto interior como exterior, a fin de que, no sólo hable, sino que esté también decidido; que no sólo me llame cristiano, sino que me muestre tal. Porque si me muestro cristiano, entonces podré de verdad llamármelo; y entonces seré de verdad fiel (1), cuando no apareciere ya al mundo.

Nada que aparezca es bueno; porque nuestro Dios Jesu-Cristo, estando en el Padre, se manifiesta más.

Cuando el cristianismo es odiado por el mundo, no está tanto el negocio en la persuasión, cuanto en la grandeza.

(1) Es decir, cristiano.

## «Benevolencia inoportuna». (IV, 1-3)

Por lo que a mí me toca, escribo a todas las Iglesias y les comunico que yo muero de buena gana por Dios, con tal de que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico, no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios.

Trigo soy de Dios y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser hallado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepultura mía y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie.

Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo siquiera, entonces seré verdadero discípulo de Cristo. Suplicad por mí a Cristo, a fin de que, por esos instrumentos, sea hallado sacrificio para Dios.

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles; yo soy sólo un condenado a muerte. Ellos son ya libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Sin embargo, cuando hubiere sufrido quedaré liberto de Jesu-Cristo y resucitaré libre en El. Ahora aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

## «Atado a diez leopardos». (V, 1-3)

Desde Siria a Roma, vengo luchando con las fieras por tierra y por mar, atado que estoy noche y día a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados, que, hasta con los beneficios que se les hacen, se vuelven peores. Entre sus malos tratos, me hago yo cada vez más discípulo del Señor, «aunque no por eso estoy justificado» (I Cor. 4, 4).

## «Goce yo de las fieras». (V, 2-3)

¡Ojalá goce yo de las fieras que me están preparadas y que hago votos porque se muestren conmigo veloces! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, no como a algunos a quienes, amedrentados, no osaron tocar. Y si ellas, por propio impulso, no quisieren, yo mismo las forzaré.

Perdonadme: Yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me ponga delante a trueque de alcanzar a Jesu-Cristo. El fuego y la cruz, las manadas de fieras, los cortes, las desgarraduras, los quebrantamientos de huesos, los descoyuntamientos de miembros, las trituraciones de todo el cuerpo, los tormentos atroces del diablo, venga todo sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesu-Cristo.

## «Mi parto está inminente». (VI, 1-3)

De nada me aprovecharán los deleites del mundo (2) ni los reinos todos de este siglo. Por mi parte, prefiero morir en Cristo Jesús que ser rey de los confines de la tierra. A Aquél busco, que murió por nosotros. A Aquél quiero, que por nosotros resucitó. Y mi parto es ya inminente (Jo. 16, 21).

Perdonadme, hermanos. No me impidáis vivir; no os empeñéis en que yo muera. No entreguéis al mundo al que quiere ser de Dios; no me queráis engañar con lo terreno. Dejadme percibir la luz pura. Llegado allí, seré de verdad hombre.

(2) Así el texto que sigue; hay una variante (Funk) que dice: «Los términos o confines del mundo». Tal vez sea preferible.

Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios. Si alguno le tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero y, si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí.

## «Mi amor está crucificado». (VII, 1-3)

El príncipe de este mundo pretende arrebatarme y pervertir mi pensamiento que se dirige a Dios.

Ahora, pues, que nadie de los ahí presentes le vaya a ayudar; poneos más bien de mi parte, es decir, de parte de Dios. No tengáis a Jesu-Cristo en la boca y luego codiciéis el mundo.

Que no habite en vosotros la envidia. Ni aun cuando yo mismo, al llegar ahí, os lo rogara, me hagáis caso; hacedlo más bien a lo que ahora os escribo. Porque ahora os escribo vivo, con ansias de morir.

Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva, que dentro de mí murmura y desde lo íntimo me dice: «Ven al Padre» (Jo., 7, 38).

No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesu-Cristo, del linaje de David; y por bebida quiero su sangre, que es amor incorruptible.

## «No quiero vivir según los hombres». (VIII, 1-3)

Ya no quiero vivir más según los hombres, y así será con que vosotros queráis. Queredlo, para que también vosotros seáis queridos. En bien pocas líneas cifro mi súplica: «Creedme». Jesu-Cristo —El, que es la boca infalible por la que el Padre nos habló verdaderamente— os hará patente con cuánta verdad os escribo.

Rogad por mí, para que llegue a la meta. No os he escrito según la carne, sino según la mente y sentir de Dios. Si lograre sufrir, me habéis amado; si fuere rechazado, me habéis aborrecido.

## «Por pastor a Dios...» (IX, 1-3)

Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria, la cual tiene ahora, en lugar mío, a Dios por pastor. Sólo Jesu-Cristo y vuestra caridad harán con ella oficio de obispo. Yo, por mi parte, me avergüenzo de llamarme uno de sus fieles, pues ni digno soy de ello, siendo el último de todos y como un aborto. Sin embargo, misericordiosamente se me concede ser alguien, si logro alcanzar a Dios.

Mi espíritu os saluda y juntamente la caridad de las Iglesias, que me han recibido en nombre de Jesu-Cristo y no como a un pasajero. En efecto, aun las que no había de tocar materialmente en mi camino, se me han adelantado ciudad por ciudad.

## «Despedida.» (X, 1-3)

Y todo esto os lo escribo desde Esmirna por medio de los efesios, dignos de ser tenidos por bienaventurados. También está conmigo, a par de muchos otros, Croco, nombre que es para mí tan querido.

Respecto de los que me preceden a mí desde Siria a Roma, espero que los reconoceréis y por ellos sabréis que yo estoy próximo a llegar. Todos, en efecto, son dignos de Dios y de vosotros. Bien estará, pues, que por vuestra parte los aliviéis en todo.

La fecha de esta carta es a nueve días antes de las calendas de septiembre. Adiós, y perseverad hasta el fin en la paciencia de Jesu-Cristo.

# CANOVAS, LA MONARQUIA LIBERAL Y LA UNIDAD CATOLICA DE ESPAÑA

## I. - Antecedentes de la restauración monárquica

### Los revolucionarios de 1868

En la trayectoria que define el desarrollo del movimiento sectario español durante el transcurso del pasado siglo, la revolución de 1868 tiene todas las características de un episodio crucial; ya que si bien es verdad que el pronunciamiento revolucionario y la subsiguiente huida de Isabel II significaron el desenlace previsto de una larga etapa de colaboración efectiva y amistosa de la monarquía liberal con la masonería, no es menos cierto que el movimiento triunfante representaba esencialmente un ensayo turbulento, pero ensayo al fin, de gobierno demagógico al servicio inmediato de las logias.

Fué, por consiguiente, en su estricto sentido, una verdadera demostración o, mejor aun, movilización de fuerzas perpetrada con fines específicos de tanteo, y que al demostrarse completamente ineficaz, gracias al espíritu de heroica resistencia del pueblo, formado en las más puras esencias del catolicismo militante —y en parte también al hecho de haberse adelantado quizás los jefes sublevados al desenvolvimiento acompasado de sus planes—, suavizó los ímpetus extremistas de los más exaltados, hasta desembocar, pocos años más tarde, en una nueva profesión de fe monárquica.

Aquella explosión revolucionaria, que tantas ruinas, de todo orden, sembró por nuestro suelo, hábilmente dirigida y encauzada por Sagasta, Prim y otros nefastos personajes políticos, era el resultado lógico del entroncamiento del sectarismo, desde la muerte de Fernando VII, y aun durante la regencia de María Cristina, con la monarquía constitucional, planta exótica en España, a la que cupo la desdichada gloria de sepultar los residuos de nuestro antiguo y brillante Imperio, y de servir de vehículo adecuado a perversas ideologías, con lo cual logró aclimatarse en el seno del pueblo hispano el germen destructor de su fe, de su fortaleza y de su unidad. Por eso los revolucionarios del 68 limitáronse a recoger el fruto, abundante y sazonado, que los largos años de una institución ajena a los dictados de una magnífica historia secular, habían concienzudamente cultivado en daño de los principios preclaros que presidieron la formación de nuestra nacionalidad. Y vino entonces sobre España la sombra de una dinastía extranjera, a la que nuestros sectarios, en pago, tal vez, de los servicios prestados en la lucha contra la soberanía de la Santa Sede, quisieron premiar con la corona de nuestros reyes. Y le sucedió, poco después, un periodo republicano de fríscos recuerdos, que tanto daño acarreó a la nación no obstante su efímera existencia y su desarraigo del alma popular, lo que había de facilitar a Pavía el papel de sepulturero de un régimen que había entrado ya en los preliminares de la descomposición.

La masonería, cuyo control efectivo pesaba directamente sobre la máquina gubernamental, comprendió claramente entonces, la necesidad de un rápido cambio de táctica, para conservar sus más caras conquistas. En ese momento, la secta se dió cuenta de la única posibilidad que se le presentaba, y se agarró desesperadamente a la solución monárquicoliberal, con la condición absoluta de que la nueva situación política respaldara los avances logrados y pudiera servir de fácil trampolín para lograr

nuevas victorias en beneficio de sus fines específicos. Esta solución era, por otra parte, apremiante, ya que la causa carlista iba logrando diariamente nuevos adeptos, y su triunfo hubiera representado el final de las esperanzas de las logias.

### Importante papel de la masonería inglesa

Como primer paso, la masonería internacional inquirió de los personajes influyentes en el nuevo orden político que se anunciaba, su actitud futura frente a los principios de libertad religiosa, proclamados en el artículo 21 de la Constitución revolucionaria, cuya conservación era premisa indispensable para que la secta acatase, y defendiese incluso, el futuro estado de cosas. Para desdicha de España, los elementos responsables de la restauración alfonsina aceptaron el compromiso, y poco después, el Gran Comendador del Oriente Lusitano Unido, pudo dirigir a las logias sujetas a su obediencia, una circular en la que, después de afirmar que la restauración significaría una consolidación de los principios por ellos propugnados, indicaba a los sectarios que su actitud frente al nuevo régimen había de ser de «expectación benévola», explicando como fundamento de esa posición, «las comunicaciones que acerca de este punto hemos recibido de la Gran Logia de Inglaterra de que nada se alterará de la situación de España en lo que se refiere a la libertad de conciencia conquistada por nuestra Orden augusta para esa nación, a costa de inmensos esfuerzos y sacrificios». Y terminaba diciendo el Gran Comendador, el Conde de Paraty: «En este punto la opinión de todos los Supremos Consejos de la Masonería universal es unánime y ninguno de ellos consentiría en que se realizara en España cambio político alguno que hiciera retroceder a esa nación a los tiempos de un fanatismo, ya pasado en Europa, para bien de la Humanidad».

Como puede verse a través de dicho documento, la clave de la futura restauración monárquica estaba en Londres y no precisamente en manos de españoles, sino en los arcanos de la Masonería universal que había dado su consentimiento a la elevación de Alfonso XII previa la promesa de someterse al dictado de la secta. ¿Quién salió fiador de tan monstruosa combinación? Pues un nefasto personaje político, al cual extraños y tendenciosos intereses pretenden ahora ensalzar por el único mérito positivo de haber abierto de par en par las puertas de la gobernación del Estado a los enemigos consumados de la fe cristiana y de la más pura tradición española. Cánovas del Castillo, que éste es el personaje cumbre de la restauración, representa en la historia de España el personificador idóneo de la tesis liberal, al situarse en una posición centrista que a nada ni a nadie representó ni representa, sino es a los eternos inquietos incapaces de afrontar un criterio invariable y seguirlo sin paliativos.

Así lograba Cánovas, dando cima a sus ambiciones, encumbrarse en el sitial de honor del gobierno del país, aunque a costa de pisotear en aras de la política de equilibrio, las esencias mismas de España. No hay, sin embargo, por qué extrañarse de la táctica canovista. ¿No era

## A LA LUZ DEL VATICANO

¿Acaso Cánovas del Castillo el autor del «Manifiesto de Manzanares»; de la carta a Isabel II, aceptando el hecho consumado de la revolución triunfante en Alcolea, y del manifiesto de Sandhurst?

En resumen, la restauración monárquica liberal se apoyaba en tres elementos principales: un protector, la masonería; un rey, Alfonso XII, y un jefe responsable, Cánovas del Castillo.

## II. - El Manifiesto de Sandhurst

### El «dilema» de Serrano

El 29 de diciembre de 1874, el general Martínez Campos proclamaba ante un reducido núcleo de tropas, en los campos de Sagunto, rey constitucional de España al príncipe Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II. La noticia no sembró ciertamente en las esferas gubernamentales alar-



Cánovas del Castillo

ma alguna, pero no dejó de producir entre algunos elementos cierta sorpresa, no tanto por el hecho mismo de la restauración que se esperaba desde hacía algún tiempo, sino en razón de no encajar exactamente con las etapas previstas por Cánovas para llegar al desenlace esperado. El gobierno que presidía entonces Sagasta —más conocido en las logias con el nombre de «Hermano Paz»—, ante la importancia que de hora en hora iba adquiriendo el «pronunciamiento» saguntino, pidió telegráficamente al general Serrano, ausente en aquellos momentos de Madrid, instrucciones sobre la postura a adoptar ante los acontecimientos. El duque de la Torre se apresura a contestar: «Si la resistencia es imposible, si el capitán general (alude al de Madrid) no obedece y se revuelve, una de dos: o destituirle, lo cual echará las tropas a la calle para defenderle, o resignar este poder efímero y poco digno». Serrano prepara así una salida decorosa que no le impida más tarde congraciarse con la futura situación política. En el instante crucial teme dar un paso en falso, y lindamente pone ante su gobierno un angustioso dilema, que en realidad no es tal, ya que presupone por adelantado el abandono de todos sus cargos. Pero hay un dato que es imprescindible no echar en el olvido para tener una visión real de aquel momento. El duque de la Torre sabe que puede

oponerse a la restauración, combatiendo a los sublevados con las fuerzas que le son adictas; el éxito no es seguro, claro está, pero entra dentro de las medidas fácilmente previsibles. ¿Por qué no la apunta siquiera a sus ministros? El misterio lo aclara el propio Serrano en su citada conversación: «Es indispensable no olvidar la reacción carlista ante estos hechos», añade seguidamente a sus ministros. ¡He ahí la cuestión! Cualquier solución antes que la carlista, en el terreno político, pero también cualquier transacción antes que el reconocimiento de la unidad católica, en el terreno religioso. Esa mentalidad de compromiso a ultranza que agrupará bajo la persona de Alfonso XII a todos los teorizantes del término medio en íntimo contubernio con el sectarismo organizado, halla en Cánovas su más genuino representante. Cánovas aspira a ser la máxima figura en el gobierno de la nación, y lo consigue, aunque su presencia en la dirección de los negocios públicos presuponga renuncia y claudicación, aunque su política represente para España una de las mayores calamidades que registra su historia. El recoge de manos del ejército los laureles de la victoria; él se presenta como el hombre indispensable para el país y para la subsistencia de la monarquía; él organiza, de acuerdo con la masonería, una oposición «a Su Majestad», al estilo de extraños suelos, y cuando llega el momento, no tiene inconveniente en entregar el poder, mejor dicho, a exigir que el poder pase a manos del representante calificado de las logias, del «Hermano Paz», en momentos trascendentales y de auténtica responsabilidad.

### Un rey «verdaderamente liberal»

Claro que Cánovas ha encontrado también a «su» rey; porque sin la mentalidad de un Alfonso XII, ciertamente que ningún Cánovas hubiera podido medrar. Pero desde el momento que el príncipe Alfonso decidió a ser rey constitucional según las más caras exigencias del liberalismo, nada puede ya extrañarnos, ni siquiera que Sagasta curvase su espalda ante la sombra —decimos sombra— de la gloriosa monarquía española.

Las promesas del príncipe Alfonso de Borbón eran, en este aspecto, aptas de sí para recoger y aunar toda suerte de equívocas intenciones, incluso de las de aquellos que habían activamente laborado para derrocar el trono de Isabel II. El manifiesto de Sandhurst representaba para los viejos y los nuevos revolucionarios la más firme garantía para sus ideas y para sus futuros planes. En este manifiesto, explicaba el príncipe Alfonso: «Cuanto me han escrito muestran igual convicción de que sólo el restablecimiento de la Monarquía constitucional puede poner término a la opresión, a la incertidumbre y a las crueles perturbaciones que experimenta España». Y finalizaba con estas significativas palabras que convendría meditasen los españoles todos: «Cuanto se está viendo enseña que las naciones más grandes y prósperas, donde el orden, la libertad y la justicia se adunan mejor, son aquellas que respetan más su propia historia. No impide esto, en verdad, que atentamente observen y sigan con seguros pasos la marcha progresiva de la civilización. ¡Quiera, pues, la Providencia divina que algún día se inspire el pueblo español en tales ejemplos! Por mi parte, debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna; y si en ella no alcanza España una posición digna de su historia,

y de consuno independiente y sistemática, culpa mía no será ni ahora ni nunca. Sea la que quiera mi suerte, ni dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen católico, *ni como del siglo verdaderamente liberal*.

He ahí condensadas todas las esencias de la restaura-

ción canovista: hacer de España un trasunto fiel de aquellas «naciones más grandes y prósperas», siguiendo con toda seguridad el sistema imperante en Inglaterra, para lo cual, y como premisa obligada, era preciso convertir a la nación profundamente católica, en un país neutro, esto es, «verdaderamente liberal».

### III. - El artículo 11 del proyecto constitucional

#### Advertencias de la Santa Sede y de los Obispos

Para comprender con exactitud el sentido auténtico de la política de Cánovas y la significación que entrañaba la restauración monárquica en la persona de Alfonso XII, detengámonos brevemente en la ardua lucha planteada en torno a la defensa de la unidad católica conculcada al fin por el nuevo régimen, al servicio de extraños compromisos, según hemos explicado anteriormente.

El día 12 de julio de 1875, en la Comisión nombrada por los Notables, adictos en su mayoría a la política inaugurada por Cánovas, para redactar el nuevo proyecto constitucional, se dió lectura al artículo 11 del mismo en que se estipulaba: «La Nación se obliga a mantener el culto y los Ministros de la Religión católica, que es la del Estado. *Nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana. No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la Religión del Estado*». El texto era obra del propio Gobierno, y fué aprobado, no obstante la sólida oposición del Marqués de Corvera y de Casanueva, en la sesión del día 22, por 23 votos contra 8. Los órganos periodísticos del Gobierno dieron la falsa noticia de que el artículo 11 del proyecto había sido redactado de común acuerdo con la Santa Sede, ante lo cual, el Secretario de Estado del Vaticano, Cardenal Antonelli, llamó al embajador español para protestar de tal aserto, al propio tiempo que cursaba a través del propio embajador un despacho al Gobierno de España, para ponerle de manifiesto que el citado artículo vulneraba el artículo 1.º del Concordato de 1851, que disponía: «La Religión católica, apostólica, romana, que, con exclusión de cualquier otro culto continúa siendo la única de la Nación Española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica, con todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones», que en su exacta interpretación, según declaración del Papa Pío IX en el Consistorio de 5 de septiembre del mismo año, significaba que la Religión católica debía «*ser exclusiva en ese reino, de manera que todos los demás cultos estarán en él prohibidos*». Y añadía el Cardenal Antonelli: «La Santa Sede ha creído un deber suyo estrechísimo proponer a la consideración del Gobierno español estas breves consideraciones empeñándole a no permitir la introducción del artículo 11 en el repetido proyecto, porque de otro modo podría comprometer la tan deseada armonía entre la Santa Sede y el Gobierno español».

No obstante la advertencia de la Santa Sede, el Gobierno de Cánovas decidió mantener el proyecto. Puesta ya en ese terreno la cuestión, los Obispos acudieron en sendos escritos ante Alfonso XII, en solicitud de que se mantuviera la unidad católica de España. El 26 de octubre, el Metropolitano y sufragáneos de Tarragona, decían al rey: «Esta unidad religiosa es, no tan solamente un bien esencial en orden a la felicidad eterna de los hombres, si que también lo es supremo para la dicha de las sociedades en el tiempo... ¿Qué hubiera sido nuestra querida patria, particularmente en las más aciagas épocas de su historia, sin la unidad religiosa? Es verdad evangélica que

todo reino dividido en sí mismo será desolado. Y no hay para los pueblos división más funesta que la que versa sobre las creencias y la moral».

El Metropolitano y sufragáneos de Burgos exponían en su documento dirigido al monarca: «La tolerancia civil



Práxedes Mateo Sagasta  
(En la masonería «Hermano Pazo»)

de cultos es la antítesis de ese dogma católico, puesto que por ella se concede al error derecho de ciudadanía y se le permite obrar en todas las esferas de la vida social, contraponiéndose su influencia perniciosa a la salvadora y legítima de la Religión católica. *La Iglesia no ha podido menos de considerar a la tolerancia de cultos como un mal funesto y detestable...* Contra la tolerancia de cultos, si en España se estableciera, protestarían su historia, sus monumentos, sus leyes, su literatura, sus costumbres, en fin, lo que forma el carácter peculiar de nuestro pueblo... El lazo más fuerte y más dichoso que forma la unidad española entre los antiguos reinos fundidos en ella, es la unidad católica... Allí donde toma asiento el libre examen, origen y raíz de la libertad o tolerancia de cultos, se ahonda más y más la división política, el patriotismo mengua y decrece el espíritu público, sofocado por un frío y egoísta individualismo» (4 de enero de 1876).

«Tu quoque, fili mi?»

«Hay todavía políticos —señalaban claramente los obispos de Toledo— que, en vez de procurar que se derogue esa Constitución (la de 1869) que desde que se promulgó sólo ha estado vigente en la parte irreligiosa que contiene, hacen esfuerzos inauditos, con general reprobación y asombro, para que sancionándose de nuevo en una u otra forma el pernicioso principio de la tolerancia religiosa, se abran de par en par las puertas de la patria a los leprosos de todos los países, esto es, a cuantos quieran venir al nuestro a fundar sectas del error, contando con la protección legal y adquiriendo carta de naturaleza» (15 de enero de 1876).

El Metropolitano y sufragáneos de Compostela afirmaban, por su parte, que «los políticos extranjeros, que tanto se afanan por introducir en España la libertad de cultos, se esfuerzan en sus propios países por conseguir la unidad; y esto aun saltando por encima de los más sagrados votos impuestos por la humanidad y la justicia» (17 de enero de 1876); y pocos días después, los Obispos de Valencia decían a Alfonso XII: «Dícese también, y con tono magistral, que en España debe haber tolerancia de cultos, porque la hay en Europa, y que así lo demanda el concierto europeo... Estas naciones, o casi todas ellas, abundan en sectarios de falsas religiones; quiere decir, que no hay en cada una de ellas un concierto religioso, sino que hay un desconcierto que, digan lo que quieran los políticos, es una calamidad nunca bastante ponderada... Menester es que los Prelados digan respetuosos a V. M. que *mientras la política no se subordine a la justicia, no tendrán estabilidad ni los tronos ni la sociedad*» (22 de enero de 1876).

La íntima relación entre el mismo ser de España con su principio de unidad religiosa es lo que trataban de hacer comprender el Metropolitano y sufragáneos de Valladolid al rey: «Discutir, Señor, si se ha de conservar en España la unidad católica en toda su integridad y con absoluta exclusión de todo otro culto y de toda propaganda anti-

católica, o si se ha de dar más o menos libertad de cultos, y, por consiguiente, de propaganda al error y a las sectas que le sostienen, es discutir si a España se le ha de conservar la vida como nación independiente, o si conviene arrancársela tarde o temprano, hiriéndola en el corazón... No sólo España, el mundo entero, sabe que la vida de esta Nación, sin par en la historia, el alma de su proverbial heroísmo, el secreto de su indomable fuerza, la base de sus grandezas, el resorte de sus incomparables conquistas, ha sido la unidad de su fe, que en medio de las muy varias y tal vez contrarias condiciones de sus provincias, le dió unidad de sentimientos y de miras en las grandes empresas que Dios se dignó confiarla». Y terminaban los Reverendísimos Prelados con estas palabras: «V. M. sabe en qué concepto y por qué motivos llevan los Monarcas españoles el muy glorioso y honrosísimo título de «Católicos», y este reino de España igual dictado de «Católico». *Para llevarlo con gloria no basta un término medio*, para estudiarlo que sea: para llevarlo con gloria... recuerde V. M. la conducta de sus más ilustres ascendientes. No más sobre esto» (22 de enero de 1876).

Palabras de extraordinaria valentía las de esos Prelados que así hablaban al monarca, pero que al propio tiempo indicaban la gravedad de una situación, que con el tiempo adquiriría caracteres trágicos. La Iglesia, previendo los gravísimos males que habrían de seguirse de la aprobación del tristemente célebre artículo 11, ponía de manifiesto la índole verdadera de una pretendida libertad atentatoria a los derechos de la Iglesia y del pueblo e incompatible con la misma dignidad de la nación. Para que un rey de España pueda llevar el título de católico no basta un término medio, decían a Alfonso XII aquellos Obispos. ¿Y podía un rey católico afirmar —como afirmó Alfonso XII— que se comportaría como auténtico liberal?

Por eso exclamaban, también, los propios Prelados: «Por no tomar una resolución que os daría alto renombre, ¿habríaís de exponeros a que el augusto Representante del divino Fundador de la Iglesia os dirigiese desde su cautiverio, y en la vehemencia de su dolor, aquella paternal reconvencción: TU QUOQUE, FILI MI?».

## IV. - Cánovas, contra la unidad católica

### Los Obispos se dirigen a los Cuerpos Colegisladores

Sin embargo, nada obtuvieron los Obispos españoles de sus escritos a Alfonso XII; Cánovas, sin inmutarse, llevaba adelante su premeditado plan. El día primero de enero de 1876 se publicaba en la «Gaceta» el decreto convocando las Cortes para el 15 del siguiente mes, y aun cuando en la exposición que precedía a la convocatoria hacía constar el Gobierno que ningún ciudadano sería privado del ejercicio del derecho que disfruta «sean cualesquiera sus opiniones», excepto si declara «rebelde a la Monarquía constitucional» —con lo cual la libertad quedaba, por otra parte, muy mal parada—, lo cierto es, y la realidad lo demostró palmariamente, que se impidió en la mayoría de los casos que salieran triunfantes los candidatos partidarios de la unidad católica. El día 15 de febrero reuniéronse las Cortes, formadas según la expresa conveniencia de Cánovas; la cuestión religiosa iba a ser planteada y resuelta conforme a la doctrina liberal.

La Iglesia española, no obstante, no cejó en sus súplicas, dirigiéndose ahora a los Cuerpos Colegisladores para impedir que se cometiera el premeditado atentado contra el sentimiento religioso del pueblo. «No es posible que las Cortes generales del Reino acuerden tan *injusta y desastrosa medida* —decían los Ordinarios de Toledo—, lo que nadie puede aprobar, y menos aplaudir, como no sean

cuatro extranjeros y unos cuantos incrédulos racionalistas, enemigos encarnizados, lo mismo los unos que los otros, de la Religión de nuestros padres, y que sólo aspiran a arruinarnos por completo» (15 de febrero de 1876).

Si se aprobase el artículo 11, afirmaban por su parte el Metropolitano y sufragáneos de Tarragona, «quedarían todos los españoles *a merced de los sectarios y asociados a las logias*, supeditados a los enemigos de la santa y divina Religión en la que han nacido y han sido educados»; y frente a los ejemplos que pretendían mostrarnos, añadían: «*Nada diremos de Inglaterra, que se nos quiere presentar como la primera nación del mundo*, y a sus instituciones como modelo digno de ser estudiado e imitado por los demás reinos bien dirigidos y que se glorían de ser los más ilustrados, porque a pesar de tanta civilización y respeto a todo culto, *la infeliz Irlanda ha gemido bajo la más terrible opresión* y ha expiado su acendrado catolicismo y perseverancia en la fe con el más cruel martirio» (16 de febrero de 1876).

Los Obispos de Valencia se expresaban así: «El medio seguro de debilitar la fuerza de una nación es el de multiplicar sus creencias religiosas. Bien lo conocen los extranjeros, y por eso con las armas de la envidia hacen guerra *al poder de nuestra unidad religiosa*» (16 de febrero de 1876).

Con grave razonamiento, el Metropolitano y sufragáneos de Santiago de Compostela, advertían a las Cortes:

La ley en que «se consignase la libertad o tolerancia de cultos en España, jamás llegaría a ser ley, porque nunca adquiriría el carácter de justa: jamás sería *ordinatio rationis*, sino *ordinatio contra rationem*; y siendo así, nunca merecería el acatamiento, la reverencia y la sumisión de un pueblo culto y civilizado como el español, que no ignora los fundamentos del derecho y del deber». Y añaden: «El proyecto que se trata de convertir en ley carece de las circunstancias indispensables para serlo; no es conforme a razón, ni conduce al bien común, ni de fácil ejecución, ni favorable al país; sino, por el contrario, opuesto a su constitución y organismo, antipático a la generalidad, manantial inagotable de perturbación e inquietud, de resistencias embarazosas, de colisiones, tal vez ocasión de una guerra religiosa, de intervenciones extranjeras, y... ¡lo que Dios no permita!, hasta de la pérdida de nuestra nacionalidad» (2 de febrero de 1876).

«No se diga que la libertad de cultos —decía la Exposición de los Obispos de Sevilla— es un adelanto, una conquista de la civilización moderna. Ella es un verdadero retroceso, que lleva a los pueblos al triste estado en que se hallaba el mundo antes de ser iluminado por el Evangelio» (28 de febrero de 1876). Y los Obispos de la Archidiócesis de Burgos insistían: «No se diga que la libertad, o al menos la tolerancia de cultos, es necesaria para que España entre en el concierto de las naciones y para atraer los capitales extranjeros de que ha menester para el fomento de su industria, comercio y agricultura. Aunque esto fuera cierto, no por eso debería darse esa preferencia a los intereses materiales sobre los morales y religiosos. La tolerancia de cultos es un mal, según la doctrina católica, y conocida es la máxima de que no debe procurarse el mal con la esperanza de que de él resultan bienes... Los que digan que otras naciones que pasan por ilustradas miran a España con desdén porque detesta la libertad de cultos, no dicen la verdad: la verdad es que en este punto la miran con envidia; porque como ella, quisieran verse libres de ese cáncer que corroe sus entrañas». Además, «ni es justo ni político que aceptemos por mero espíritu de imitación los males y desgracias que aquejan a otros países, bien a su pesar» (29 de febrero de 1876).

«Los Obispos os conjuramos, por cuanto hay más santo en el cielo y en la tierra —clamaban el Metropolitano y sufragáneos de Valladolid—, a que no desoigáis estas voces, si no queréis que en una hora terrible sean vuestro tormento: a que, mostrándoos ante todo y sobre todo españoles, preservéis a vuestra patria de los males sin cuento que vendrían sobre ella si llegase, por desventura suya, a desviarse de la línea de sus destinos providenciales, visiblemente marcados en su historia» (7 de marzo de 1876).

### Confesión de Cánovas ante las Cortes

Haciendo caso omiso a tales exhortaciones, el Congreso inició la discusión del artículo 11 en la sesión celebrada el día 11 de abril de 1876. Algunos diputados, entre los cuales citaremos el duque de Almenara Alta, y los señores Batanero, Fernando Alvarez, Carlos María Perier, Claudio Moyano y Alejandro Pidal y Mon, presentaron diversas enmiendas encaminadas a mantener el sagrado principio de la unidad católica en la Constitución del Reino. Todo fué inútil ante la posición liberal de Cánovas y sus adictos, muchos de los cuales se habían comprometido de antemano con el Gobierno para apoyar la libertad de cultos en el proyecto constitucional, con el fin de salir elegidos diputados. Este hecho quedó perfectamente comprobado en la sesión celebrada el día 28 de abril. En ese día tomó la palabra el señor Batanero para impugnar el artículo 11 del proyecto, y se expresó, después de una breve introducción, en la siguiente forma:

EL SR. BATANERO: «Yo entiendo que para plantear en España la libertad o tolerancia de cultos bajo el reinado

de Alfonso XII, era necesario haber hecho una Cámara en que estuviera representada por completo para esta cuestión la voluntad de la mayoría de los españoles...

»Si esto se hubiera hecho, si esta cuestión religiosa se hubiera declarado cuestión libre, si se hubiera planteado de esta manera, saldría de aquí con autoridad (salvo siempre el respeto a los acuerdos de la Cámara). Pero, no, señores Diputados, y os lo someto tal como lo creo en lo íntimo de mi conciencia; no, señores Diputados; el procedimiento del Gobierno, por desgracia nuestra, por desgracia de la Nación y por desgracia suya, ha sido completamente diverso. Es más; *el procedimiento del Gobierno, y perdóneme que se lo diga, ha sido, a mi juicio, más violento, mucho más violento en esta cuestión, que fué violento, y lo fué mucho, el procedimiento de los Gobiernos revolucionarios*. La razón es muy sencilla. El Gobierno revolucionario, que convocó las Cortes Constituyentes, buscó sus Diputados ministeriales entre los hombres de ideas más avanzadas, y trajo un Congreso bajo mi punto de vista altamente perjudicial y calamitoso para los intereses de España; pero aun estos mismos revolucionarios, aun aquel Gobierno no hizo principal cuestión, no hizo bandera de sus candidatos ministeriales el que tuviesen estas o las otras opiniones religiosas. Hay que hacer justicia en esta parte a la revolución de Septiembre, y poca le habré de hacer más.

»Pero, ¿qué se ha hecho en la presente cuestión? ¿Qué ha hecho el Sr. Cánovas del Castillo y su Gobierno, siempre salvando sus intenciones, para traer un Congreso semi-constituyente, y el primero de la restauración? ¿Qué ha hecho el Sr. Cánovas del Castillo y su Gobierno? Pues ha hecho lo que no se atrevió a hacer la revolución de Septiembre; ha dicho: «No me importan que vengan aquí, no me importa que vengan al Congreso Diputados unionistas o moderados (aunque éstos en medida conveniente); no me importa que vengan Diputados de estas o de las otras opiniones»; no ha formado gran cuestión ni ha aquilatado demasiado que sus candidatos, ministeriales en algunos casos, sean más o menos dinásticos; no ha hecho cuestión de nada de esto; ha llamado y admitido a todos, pero ha dicho una cosa; *ha puesto una condición; con tal de que en la cuestión religiosa estén conformes en votar el artículo 11. Este es el Evangelio*».

EL SR. FERNÁNDEZ CODÓRNIGA: «No».

EL SR. BATANERO: «¿No, dice el Sr. Codórniga? Pues se lo va a oír S. S. al Gobernador de la Coruña».

EL SR. PRESIDENTE DEL CONSEJO, CÁNOVAS DEL CASTILLO: «¿POR QUE NO? SI».

EL SR. BATANERO: «¿Sí? Pues es verdad; y el Sr. Presidente del Consejo tiene autoridad completa en la cuestión».

Basta lo transcrito para darse cabal idea de que el malhadado artículo 11 de la Constitución alfonsina, fué una imposición de Cánovas, seguramente para cumplir los pactos que hicieron posible el advenimiento de la monarquía liberal, lo cual indica, al propio tiempo, que la libertad de cultos era consubstancial con el hecho mismo de la restauración alfonsina, por lo cual cabe imputar a aquel desgraciado período político, encarnado por Cánovas del Castillo, el origen de todos los sinsabores y padecimientos que las generaciones futuras de España tuvieron que soportar después, hasta desembocar, en fecha reciente, en la persecución más viva y más enconada de la fe católica. Porque de cerca o de lejos, la libertad concedida al error y a la herejía es el primer paso que dan los enemigos de Dios antes de lanzarse a la lucha descarada contra la Iglesia, sus ministros y sus fieles. ¡Aterradora herencia la que dejó a España la turbia y «conciliadora» política de Cánovas del Castillo!

**Triunfo de Cánovas.  
Normas de Pío X a los españoles**

Por la declaración pública de Cánovas, ya reseñada, se comprende fácilmente la imposibilidad de cualquier éxito por parte de la minoría católica; y así, el 12 de mayo de 1876, se aprobó por las Cortes el artículo 11, por 221 votos a favor, 83 en contra y 78 abstenciones.

Un mes más tarde, aproximadamente, empezó la discusión del artículo de referencia en el Senado, y no obstante la brillante oposición realizada por los señores Obispos de Avila, Orihuela y Salamanca y por otros esclarecidos senadores, fué también aprobado, el día 16 de junio, por 113 votos contra 49.

Cánovas del Castillo había triunfado en toda la línea. ¿Qué representaba el artículo 11 para el pueblo español? Lo advertía Su Santidad el Papa Pío IX en su Breve al Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo: El artículo 11, decía, «anula contra toda justicia el Concordato establecido entre esta Santa Sede y el Gobierno español, en la parte más noble y preciosa que dicho Concordato contiene; hace responsable al Estado mismo de tan grave atentado; y abierta la entrada al error, deja expedito el camino para combatir la Religión católica, y acumula materia de funes-

*tisimos males en daño de esa ilustre Nación, tan amante de la Religión católica, que mientras rechaza con desprecio dicha libertad y tolerancia, pide con todo empeño y con todas sus fuerzas se le conserve intacta e incólume la unidad religiosa que le legaron sus padres, y la cual está unida a su historia, a sus monumentos, a sus costumbres, y con la que estrechísimamente se enlazan todas las glorias nacionales» (4 de marzo de 1876).*

No es de extrañar, por lo tanto, que Su Santidad el Papa Pío X escribiera más tarde al Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo, las siguientes palabras, que constituyen norma obligada para los españoles: «DEBE MANTENERSE, COMO PRINCIPIO CIERTO, QUE EN ESPAÑA SE PUEDE SIEMPRE SOSTENER, COMO DE HECHO SOSTIENEN MUCHOS NOBILÍSIMAMENTE, LA TESIS CATÓLICA, Y CON ELLA EL RESTABLECIMIENTO DE LA UNIDAD RELIGIOSA. Es deber, además, de todo católico, combatir todos los errores reprobados por la Santa Sede, especialmente los comprendidos en el Syllabus, y las libertades de perdición proclamadas por el llamado derecho nuevo o liberalismo, cuya aplicación al Gobierno de España es ocasión de tantos males. Esta acción de reconquista religiosa debe efectuarse dentro de los límites de la legalidad, utilizando todas las armas lícitas que aquélla pone en manos de los ciudadanos españoles».

*José-Oriol Cuffl Canadell*

# La conspiración comunista

## VIII. - EL PANICO DE UN TROTSKISTA-STALINISTA

Nada ilustra tan gráficamente la degradación intelectual a que llegan los líderes comunistas como el ataque que han desencadenado recientemente en contra mía desde las páginas del «Daily Worker». Ese desatino es una respuesta oblicua a esta serie de artículos que, me complace el saberlo, ha causado seria preocupación en los círculos comunistas. Los cabecillas rojos se dan perfecta cuenta de que, si los patriotas de América —especialmente los obreros— comienzan con constancia y sistemáticamente a desenmascarar a los rojos, se frustrarán todas las maquinaciones tortuosas de los emisarios de Moscú.

El número del 15 de mayo del «Daily Worker» contiene en sus páginas la diatriba de referencia, intitulada «La Técnica de Budenz», en un artículo que suscribe un tal Arnold Johnson, actual cacique del Partido Comunista en el Estado de Ohio. Se trata de un individuo a quien yo mismo tuve que convencer, en otras épocas, para que se alistara en las filas del Partido, después de haber sido activo trotskista, esto es, fanático enemigo de los comunistas-stalinistas.

Los antecedentes mencionados explican la razón de que se haya escogido al tal Johnson, precisamente a él, para que formule y desencadene el ataque rojo en contra mía. El «elegido» ha tenido que acatar las órdenes que se le han dado porque tiene especial interés en demostrar que se ha curado completamente de su viejo «trotskismo», y porque, esto resulta cómico, teme que se le expulse del Partido Comunista y que se desate en contra suya una tempestad de insultos semejante a la que hoy se lanza en contra mía. Con este miedo cervical que le cala hasta los

tuétanos, Johnson reacciona tan nerviosamente que, al escribir su «obra maestra», se vale de los términos más exagerados y rimbombantes: describe mis artículos como «vómito» y «degeneración»; como obra de «un instrumento de la reacción clerical», de un «irresponsable» que, sin escrúpulos, trata tan sólo de conseguir publicidad.

Los siguientes hechos hacen más lastimoso el proceder de Johnson: juntos éramos miembros de la organización conocida con el nombre de Conferencia para la Acción de los Trabajadores Progresistas (Progressive Labor Action) y, cuando yo me adherí al Partido Comunista, en el año 1935, él por su parte se alistó activamente en las filas del trotskismo. Tuve que visitarlo durante varios meses, en épocas en que él residía en Columbus (Ohio) y en la ciudad de Washington, para persuadirlo a que se incorporara al comunismo-stalinista. Por los antecedentes precitados, en los círculos comunistas siempre se ha visto a Johnson con recelo y con sospechas, razón por la cual él siempre se valió de mi influencia para defenderse y protegerse.

### Las vacilaciones de un dragón rojo

Por ejemplo, Johnson titubeó mucho antes de revelar a los stalinistas lo que se maquina en los altos círculos del trotskismo, y sólo hizo tales revelaciones después de que yo le convencí de que debía hablar públicamente, manifestando lo que sabía por medio del «Daily Worker». En aquella época yo excusé sus titubeos alegando, ante los rojos más encopetados, que Johnson era un sujeto «lento

para resolverse», excusa que después tuve que reiterar repetidas veces, a medida que se hacían necesarias nuevas intervenciones mías para justificar sus consatntes vacilaciones. A fines de 1935, cuando la policía soviética me puso en contacto con ciertos agentes secretos, se trató de que Johnson los ayudara, tarea que él quiso evadir, razón por la cual una vez más tuve que salir en su defensa. Finalmente, cuando la figura de Browder se desmoronó en el año 1945, la Comisión Especial de Control del Partido Comunista me pidió que garantizara la dudosa «integridad política» de Johnson, de la cual se recelaba mucho en aquellos días. Las sopechas se debían a que ya habían trascendido ciertas expresiones de Johnson, del tipo de otras que el mismo Johnson me había confiado en Cleveland, esto es, que Foster, el nuevo líder del Partido, era «un irresponsable» y un «hombre gastado». Tuve que protegerlo también en aquella ocasión.

Hoy, al ser visitado por algún «fuehrer» secreto de la conspiración roja, y al recibir la orden de atacarme, ¿qué puede hacer Johnson? ¿Acaso le sería posible negar que su amo político, Gerhard Eisler, viajó repetidas veces con pasaportes falsos fraudulentamente obtenidos, tal como yo lo he denunciado? No, eso es imposible, porque los pasaportes existen y ya están en poder de la Comisión que estudia las actividades subversivas de los rojos contra los Estados Unidos. Entonces ¿podría desmentir mi testimonio dado en Washington en el sentido de que Genne Dennis, el actual Secretario del Partido Comunista, ha usado nombres falsos en sus actividades subversivas? Tampoco, porque J. Edgar Hoover ya ha comprobado el uso fraudulento de esos nombres y las circunstancias en que éstos han sido usados.

Lo que Johnson ha podido hacer, en los espasmos del ataque de miedo que hoy padece, es formular en mi contra dos falsas acusaciones: una, que fui arrestado por «mercenario» con ocasión de la huelga de 1934 de la «Toledo Auto Life» (en aquellos días yo no era miembro del Partido Comunista); y otra, que yo padezco de un complejo de publicidad.

Si acusaciones semejantes tuviesen algún fundamento, ¿por qué fué un hombre de mi tipo, precisamente este mismo Budenz, quien logró persuadir a Johnson a que se alistara en el Partido Comunista, no obstante su inveterada devoción a Trotsky? ¿Acaso no extraña que los comunistas tuviesen que poner en la dirección del «Daily Worker», en momentos difficilísimos para el Partido, en 1940, a este mismo Budenz, cuyo nombre, como bandera en un mástil, ondeó en la primera página del órgano de prensa del Partido hasta el día mismo en que yo recibí la Santa Comunión en la Catedral de San Patricio?

### Así se escribe la Historia

Además, para hacer resaltar cuán mezquina y baja es la manera de mentir de los rojos, debo recordar que mi arresto —causado por mi intervención en la huelga de la «Auto Life»— fué encomiado calurosamente en «The New Republic» (números de mayo y junio de 1934) y por Louis Adamis, actual amigo de los rojos, en la segunda edición de su periódico «Dynamite». Las publicaciones precipitadas no titubearon en dejar constancia de que, por primera vez en la historia de la industria automovilística,

se había logrado en Toledo una victoria obrera que garantizaría la existencia permanente del tipo de organización que en esa época se propugnaba.

Por supuesto, los comunistas no reiterarán hoy lo que antaño dijeron de mi actuación en Toledo, de aquellas actividades mías que culminaron con mi encarcelamiento, cuando yo fui arrestado con el uso de ciertos gases lacrimógenos que Johnson tuvo buen cuidado de rehuir. Por lo demás, en lo que concierne al espíritu «mercenario» de que se me acusa, puedo afirmar que yo era entonces una de las tantas personas que contribuía, con fondos personales, al sostenimiento de la Conferencia para la Acción de los Trabajadores Progresistas.

Lo que resulta extraordinariamente curioso, en toda esta sarta de mentiras que los rojos se empeñan en hilvanar, es el hecho de que Johnson ha traído a cuenta un telegrama enviado en relación con una colecta de fondos para la organización; cuestión que, por cierto, nada tenía que ver con mis intereses económicos personales. La verdad es que aquel telegrama fué inspirado por el mismo Johnson, lo cual viene a demostrar cuán grande es la torpeza de quienes depositan su confianza en los comunistas. ¡Los rojos nunca titubean en valerse oportunamente de sus propias sugerencias para enrostrarlas en contra de cuantos hayan tenido la debilidad de acatarlas y de llevarlas a la práctica!

Los líderes comunistas conocen muy bien todos estos pormenores. Ellos se dan perfecta cuenta, asimismo, de que la vileza y la violencia del lenguaje de Johnson no sólo degrada a quien lo emplea, sino que desagrada a todas las personas decentes que lo escriben. ¿Cuál es, entonces, el propósito que mueve al «Daily Worker» para publicar una diatriba que es, como la de Johnson, hija del miedo?

### Lo que pretenden los rojos

Se trata de que comunistas fanáticos, especialmente ciertos rojos solapados que ocultan su verdadera afiliación, se encarguen de divulgar, en los ambientes en que actúan, las acusaciones de Johnson, no como algo que haya sido publicado por el «Daily Worker», sino como «confidencias» que proceden de fuentes de «toda confianza». Procédese así con el fin de que ciertas agrupaciones, que son más anticatólicas que anticomunistas, reaccionen como conviene a las maniobras de los rojos. La rojería logra con frecuencia que sus embustes tengan acogida y eco aún en publicaciones que ocasionalmente atacan a los mismos comunistas, publicaciones que, por lo demás, son instrumentos fáciles cuando se usan contra individuos o grupos que sus directores malquieren y odian al unisono con los comunistas.

Los católicos de América necesitan mantenerse en guardia contra los embustes de los rojos. Los comunistas no descansan en el empeño de destruir las fuerzas que se les oponen y de denigrar a los individuos que encarnan o representan esas fuerzas. Los católicos de América no sólo deben ponerse en guardia contra la «furia del comunismo», que asesina a millares de cristianos en todo el mundo, sino que, también, deben guardarse de «la perfidia» con que los comunistas tratan de retorcer y desfigurar la verdad y de confundir las inteligencias. A la luz de la magistral Encíclica de Pío XI trataremos de indicar, en el siguiente artículo, cómo conviene combatir esa satánica perfidia.

Luis F. Budenz

20

## Una leprosería, fruto de dos aniversarios

El Rvdo. P. Emlin Busuttil, S. J., actual Director General Delegado del Secretariado Central de Congregaciones Marianas nos manda el siguiente artículo que publicamos con la mayor consideración hacia quien debemos sincero agradecimiento por las atenciones que el año pasado tuvo en Roma con la representación de CRISTIANDAD

Nos referimos a Mons. Tiburcio Roche, S. J., Obispo de Tuticorin, que ha decidido abrir una leprosería el año próximo, como agradecimiento a Dios por haberle concedido la vocación a la Compañía hace cincuenta años y por haberle elevado a la dignidad episcopal hace veinticinco.

Encontramos al simpático Obispo en Roma, donde había venido para la canonización de S. Juan de Brito, S. J., el Apóstol de la India. Pero Roma era únicamente su primera etapa. Su meta era América, adonde iba para recoger fondos para su leprosería. En Roma fué el alma y el corazón de las solemnes ceremonias celebradas en la iglesia del *Gesù* en honor de los dos Santos Jesuitas; el último día del triduo, quiso subir al púlpito, y durante un cuarto de hora habló a la multitud en un italiano aprendido de memoria, pero más que con la palabra, habló con los gestos y con sus ojos de puro ébano. Agradeció a Italia y a Europa por haber cedido tantos hijos suyos a la India y terminó haciendo un llamamiento a los jóvenes romanos para que siguiesen las huellas de De Brito y corriesen a salvar la India con sus 400 millones de almas que todavía esperan la salud.

Un formidable aplauso, que hizo retremblar la cúpula del templo farnesiano, estalló espontáneo: señal de que su palabra fué comprendida y encontró el terreno adecuado para suscitar un incendio.

He vuelto a encontrar al querido Obispo a su regreso de América.

«¿De nuevo por aquí?», le pregunté, cumplimentándolo.

«Buena parte del dinero está asegurado. Pero todavía falta. Es preciso completarlo a toda costa. Y lo completaré, pues me asiste la bendición del Papa, el cual ha querido también bendecir de modo particular a cuantos me hayan ayudado.»

La leprosería se titulará de San José y estará a cargo de las Hermanas Misioneras Franciscanas de María.

### El primer Obispo indio

Mons. Tiburcio Roche, S. J., es el primer Obispo indio de rito latino. La Iglesia quiso empezar con él el experimento de una Diócesis completamente indígena. Cuando tomó la dirección de la Diócesis de Tuticorin, los sacerdotes indígenas eran veinticinco. Hoy, en vigiliias de su jubileo episcopal, ve su número más que triplicado. Todos los sacerdotes de su Diócesis son del clero secular indígena, excepto tres jesuitas, ocupados en la Escuela.

A su consagración episcopal estuvieron presentes su madre, ahora fallecida ya, y dos hermanos suyos, sacerdotes. Si Mons. Roche se da cuenta de que os impresiona el que Dios haya honrado a su familia con tres vocaciones, os dirá todavía, con aire triunfante, que tiene un sobrino jesuita y una sobrina Superiora religiosa; y para frenar vuestra admiración, os dirá que es cosa natural, habida cuenta que pertenece a la región de los pescadores, primera evangelizada por el Apóstol de las Indias, San Francisco Javier.

En efecto, procede de la casta de los *Parava* (es decir, pescadores), la cual, apesar de encontrarse esparcida por otras partes de la India, es, no obstante, la única casta completamente católica. Es absurdo hoy día, para un *Parava*, el no ser católico. Además de los *Parava* (que alcanzan en toda la India a 75.000) en la Diócesis de Tuticorin hay también muchos pueblos de otras castas, y entre ellos es donde se continúa la labor de conversión.

Para hacer comprender hasta qué punto llega el espíritu de casta en la India, explica Mons. Roche una anécdota muy significativa. En el pueblo de Vadakángulam un día apostataron en bloque treinta familias católicas y se

inscribieron con los protestantes. Todo por causa de un incidente en la iglesia. Estaba ésta dividida por un tabique en dos mitades, a la derecha debían ponerse los de una casta y a la izquierda los de otra. Mas los católicos de una de ellas crecían desproporcionalmente y ya no tenían sitio en la mitad asignada. El Párroco, con este motivo, hizo derribar el tabique y les dijo que cada uno podía ponerse donde quisiera. Fué esto, causa de un enorme escándalo y las treinta familias se refugiaron con el pastor protestante, para no perder su dignidad al mezclarse con gentes de una casta inferior. «Pero ahora vuelven todos a la Iglesia Católica, dice finalmente el Obispo, porque encuentran el protestantismo vacío y frío.»

De hecho, son apenas trescientos los protestantes de la Diócesis de Tuticorin. No obstante, para tan reducido número, envía América millares de dólares. A tal punto llegó el progreso de invasión de los protestantes, que impulsó a Mons. Roche a construir una *High School*. Los protestantes habían construido una, espléndida y grandiosa, y ya algunos niños católicos empezaban a frecuentarla. Entonces el Obispo reunió todos sus recursos, sacrificó todos sus ahorros, hizo una gira por Europa, y de esta manera surgió su *High School* y deshizo el reclamo tendido por los protestantes. Hoy día los alumnos de las escuelas católicas de la Diócesis son 22.711, de los cuales son católicos 16.388.

### La vocación

Después de cincuenta años de vida religiosa, recuerda Mons. Roche con afecto los tiempos de su juventud, cuando, en el St. Joseph's College de Trichinopoly, era alumno de los Jesuitas.

«Debo mi vocación al P. Heraudeau, entonces nuestro P. Espiritual. En aquellos tiempos, todavía no publicado el Decreto de Pío X sobre la comunión frecuente, era dicho Padre propagandista de la comunión cotidiana. Un año, especialmente, consiguió convencer a un buen número de jóvenes estudiantes para que comulgara diariamente. Al fin de aquel año, ocho estudiantes pidieron hacerse sacerdotes. Yo debo mi vocación a la comunión cotidiana.» Y sus ojos brillan con energía.

Su maestro en el Noviciado fué el P. Faisandier, S. J., que luego, Obispo de Trichinopoly, tuvo el gozo de consagrar Obispo a su antiguo novicio Roche.

La Diócesis de Tuticorin, con su clero indígena, con su convento de Trapenses indígenas (única Trapa que existe en la India), con sus doscientas cincuenta y cuatro Hermanas, en gran parte indígenas, con su Seminario Menor y dentro de poco con su Leprosería, demuestra que el experimento de una Diócesis completamente indígena ha alcanzado pleno éxito. El elemento indígena ha demostrado ser capaz, con la gracia de Dios, de formar una parte útil de la Iglesia Católica. Por esto hoy, en la India, los Obispos indígenas de rito latino son 13, y 6 los de rito oriental.

La Iglesia Católica de la India está, pues, bien representada y sólidamente fundada; mas al pensar que el pueblo indígena alcanza la cifra de 400 millones, y que la India es un país como cinco veces Italia, estas 19 Diócesis se pierden como una gota en el océano y se hace más que nunca urgente el llamamiento de Cristo: «... pero los operarios son pocos».

P. Emlin Busuttil, S. J.

Roma, 14 de diciembre de 1947.

NOTA.—Si alguno de los lectores de CRISTIANDAD quiere contribuir a esta obra misionera de la Leprosería de Mons. Roche, puede mandar su donativo a nuestra Administración, que se cuidará de su envío.

## El Papá habla a los jóvenes.-Actividades del sectarismo

### La Iglesia es realidad y actuación, vida, amor y fuerza

Un importante grupo del "Movimiento de Vanguardia Católica Italiana", llegado a Roma de varias regiones, especialmente de la Alta Italia, fué recibido por el Santo Padre el día cuatro del próximo pasado mes de enero. El Papa, después de saludar a sus componentes "con vuestro valiente nombre de fuertes e intrépidos jóvenes de Vanguardia Católica", subrayó que este nombre debe significar "la idea clara de que la nueva generación, que quiere trabajar para Jesucristo y para la Iglesia, por el verdadero bien y genuino progreso de su patria, debe estar en donde más ardiente sea la defensa de estos altísimos valores espirituales". El puesto de la Iglesia, "está también siempre en primera fila, donde se adoptan las resoluciones definitivas. Allí ha de encontrarse ella con la verdad y con la gracia de Cristo, con el ejemplo y con la acción, con el sacrificio de sus fieles para que todo se realice a gloria de Dios, para bien común, consuelo de los pobres, de los humildes y de los que sufren y para la salvación eterna de los hombres".

Juventud católica, quiere decir "juventud creyente", con la mira puesta en finalidades altas, "de cuya realidad, potencia y valor está íntimamente convencida"; significa, por tanto, *trabajar por la causa de Dios, combatiendo la irreligiosidad moderna; trabajar por la causa de Cristo y de su Iglesia; trabajar por la paz social y el esplendor económico de vuestro país, conforme a la doctrina social de la Iglesia* que "ha indicado claramente cuáles son las columnas sobre las que debe descansar toda ordenación social y jurídica" si quiere ser duradera, justa y respetuosa con la dignidad humana, "si quiere regularse en todas las cosas por el mandato divino".

Juventud católica quiere decir "juventud viva": "LA FE CATÓLICA Y LA IGLESIA SON VIDA. LA IGLESIA, AUN SIENDO ANUNCIADORA Y MAESTRA DE PAZ Y DE AMOR, HACE DOS MIL AÑOS QUE, A PESAR SUYO, SE VE OBLIGADA A DEFENDERSE DE LOS ASALTOS REPETIDOS DE SUS ENEMIGOS CLAROS O SOLAPADOS. Pero la Iglesia no teme; es antigua, pero al mismo tiempo es eternamente joven. Tiene una historia de riqueza inagotable, pero no se pierde en la Historia; ella no es solamente pasado, sino que es siempre y en primer lugar presente. Vive en el tiempo, porque vive siempre para "hoy", para sus problemas y sus resoluciones, para los hombres que hoy viven en la tierra".

"Tanto la fe como la Iglesia se apoyan siempre en las íntimas y grandes verdades y en fundamentos espirituales. PERO NO POR ESO LA IGLESIA ES ALGO QUE ESTÁ COMO CERRADO Y PRISIONERO EN EL CAMPO DE LA TEORÍA; POR EL CONTRARIO, ES SIEMPRE VERDAD APLICADA, REALIDAD Y ACTUACIÓN, VIDA, AMOR, FUERZA, REALIZACIÓN. Por eso se han entendido siempre bien la Iglesia y la juventud, porque la juventud tiene sed de vida".

Por último, el Soberano Pontífice, glosó el tercer significado: juventud católica, quiere decir "juventud santa", o sea, "juventud fuerte, pero humilde, que sabe que solamente con sus fuerzas no podrá hacer frente a los enemigos interiores y exteriores; juventud pues, que todos los días ora y acude con ardor a beber en las fuentes de la vida sobrenatural, que tan abundantemente manan en la Iglesia de Jesucristo. Juventud santa equivale a decir juventud pura".

Terminó el Papa su discurso, saludando afectuosamente a los graduados de Acción Católica, a los propagandistas de la Asociación de Maestros Católicos, a los colaboradores de la P. C. de Asistencia de Parma y a las delegadas regionales de las mujeres de Acción Católica.

### André Maurois y la república universal

En el curso de una conferencia dada por el escritor francés André Maurois en la Universidad de Antioquia (Colombia) se expresó en la siguiente forma: "Tenemos hoy, delante de nosotros, el problema del nacionalismo, y podemos solucionarlo como solucionamos ya el del individualismo. Para esto necesitamos crear el gobierno internacional, cuya acción se extienda a todos los pueblos y cuya fuerza pueda abolir para siempre las guerras". Ante tales palabras del escritor judío Maurois (que siendo industrial en Elbeuf se llamaba o se hacía llamar

Herzog), bueno será recordar la exhortación de S. S. Benedicto XV, cuando refiriéndose al hecho de que la corrupción y depravación de las costumbres agrava cada día la llamada "cuestión social", afirmaba que "son ya de temer los males más horribles. Según las voces, en efecto, y la espera de los revolucionarios —agregaba— está próximo el advenimiento de una república universal, establecida sobre la igualdad absoluta de los hombres y la comunidad de bienes, en la cual no habría ni patria, ni autoridad del padre sobre sus hijos, poderes públicos sobre los ciudadanos, de Dios sobre los hombres viviendo en sociedad. Si esto se realizara, se producirían necesariamente formidables conmociones, como ya lo ha probado y ha hecho experiencia una gran parte de Europa" (Acta Ap. S. 2 agosto de 1920).

¿Se refería, quizá, el señor "Maurois" en su discurso, a esa república universal, destructora de la verdadera fe y del noble concepto de patria?

### Suspensión de un semanario católico

Por orden del Departamento de Prensa del Gobierno, ha sido suspendido en Budapest, el semanario católico "Hombre Nuevo", por haber publicado una carta de Su Eminencia el Cardenal José Mindszenty, Primado de Hungría, dirigida al Primer Ministro. Dicha carta, en opinión del periódico comunista "Pueblo Libre" podría causar una mala impresión sobre la "democracia húngara".

### La masonería italiana en acción

La secta masónica ha iniciado entre los fieles católicos de la región de Liguria, una campaña de proselitismo asegurando que sus finalidades no son contrarias a los intereses de la religión. Con este motivo, los Obispos de Liguria han publicado una advertencia dirigida a todos sus diocesanos sobre la perversidad de la secta. "Las sociedades masónicas —escriben los Prelados— están condenadas por dos razones: primera, por su odio a la religión y su actividad antirreligiosa; segundo, por su carácter como asociación y sus actividades secretas".

### El comunismo es esencialmente antirreligioso

A raíz de haber publicado el periódico "Le Jeune Bolchevik" un artículo en el que se criticaba la posición de los Komsomols al prohibir a sus miembros que asistieran a actos religiosos, el órgano central de la juventud comunista rusa "Komsomolskaia Pravda", en su número correspondiente al 18 de octubre de 1947, ha escrito lo siguiente: "El problema planteado en esta forma no es más que una tentativa para conciliar el materialismo con el clericalismo y el idealismo. Este punto de vista es un alejamiento del marxismo. Veamos lo que a este propósito ha dicho el compañero Stalin: "El partido no puede permanecer indiferente ante la religión, sino que debe, por el contrario, desarrollar una propaganda antirreligiosa contra los prejuicios religiosos de todo género..." Y añade todavía Stalin: "Hay todavía algún comunista que trata de impedir el desarrollo y la propaganda antirreligiosa. Es muy justo que semejantes afiliados sean expulsados porque en nuestro partido no hay sitio para tales comunistas". La V. L. K. S. M. (Federación de la Juventud Comunista Leninista de la U. R. S. S.) es una organización de masa de los sin-partido que se apoya en el V. K. P. B. (Partido Comunista Bolchevique de la U. R. S. S.) La juventud trabajadora de la ciudad y del campo, políticamente consciente, se agrupa en las filas de la V. L. D. S. M. Un komsomol ayuda al partido comunista a educar a la juventud según el espíritu del materialismo militante, según el espíritu del comunismo. De acuerdo con las exigencias de los estatutos del V. L. K. S. M., el komsomol lleva a cabo una propaganda antirreligiosa, apartando a la juventud de la superstición y de los prejuicios religiosos".

El comunismo no ha cambiado en lo más mínimo su posición fundamentalmente antirreligiosa, a pesar de lo que quisieron hacernos creer ciertas equívocas propagandas. ¿Acaso no es el comunismo —según enseñó Pío XI— un sistema esencialmente perverso?

J. O. C.



EL TERROR AMARILLO EN FILIPINAS, por Antonio Pérez de Olaguer. Editorial Juventud, S. A., Barcelona, 1947. Prólogo de Ernesto Foyé.

Iglesia de Santa Cruz, de Manila. Un hombre, conmovido de dolor, aterrado por el pasado, tan próximo que es todavía presente, arrodillado, la cabeza entre las manos, reza. Una oración que es de un momento, pero que pudiera ser de todos los momentos de nuestro mundo, de nuestra vida de hoy. Y dice:

“—¡Señor, Señor! ¿Cuándo se calmará tu ira justa, tu ira lógica, tu ira santa? Yo sé que no lo merecemos, Señor. Yo lo sé. Pero a tu infinita justicia se ha añadido siempre tu infinita misericordia... Señor, perdónanos que no sabemos lo que hacemos. Señor, tened piedad de nosotros, de nuestros amigos, de nuestros compañeros, de nuestros familiares, que se fueron en la noche... ¡Señor, tened piedad por los que quedamos!”

Aquel hombre ruega para que pase pronto el rigor de la infinita justicia y merezcamos la bondad de la infinita misericordia de nuestro Dios Todopoderoso. Aquel hombre es el que ha escrito este libro, en el que reproduce su oración, “El terror amarillo en Filipinas”, (en él sólo pretende ofrecer su grano de arena “para conocimiento y experiencia y enmienda de una Humanidad loca”).

Con unas palabras del actual Presidente de Filipinas, Manuel Roxas, y de su antecesor Sergio Osmeña, comienza una narración, detallada y objetiva, de las grandes tragedias de Manila durante la ocupación japonesa.

Por los ojos del lector van pasando, en su crudo realismo, las tragedias de ésta y de aquella familia, muchas extinguidas criminalmente por completo. Seres humanos condenados a morir de hambre hacinados en mazmorras. Se les encierra también en amplias habitaciones donde a duras penas caben, las granadas de mano explotan, segando sus vidas, y se cierran herméticamente las aberturas, para que la asfixia y el hedor de la putrefacción terminen con los que aun pudieran quedar vivos. Tiros en la sien. Cobardes asesinatos entre carcajadas que saben a morboso placer y a risas de muerte. Ametrallamientos, Bayonetazos que desgarran las carnes y los órganos vitales. Hombres reunidos en crecidos números y quemados vivos. Barrios ardiendo, con sus habitantes dentro e imposibilitados de huir por impedírseles las balas japonesas.

Nada se respeta. Poco importa que la víctima sea joven o anciana, sea hombre o mujer, sea niño o infante de pocos meses. Y menos importa que sea filipino o extranjero, que esté enfermo o cobijado en un Hospital.

Nada se respeta. La nacionalidad española, de un país neutral, para nada cuenta. El propio Consulado es asaltado, y muertos los que en él se refugiaban. Y nada vale tampoco que súbditos españoles se cobijen en el Club Alemán, al amparo de su nacionalidad. La muerte llega allí donde quiere encontrar sus víctimas, sin que a la furia amarilla la detenga su conciencia, sus sentimientos humanos, su civilización. ¿Cuándo las vallas de la moral se saltan de nada sirven los obstáculos del Derecho Internacional!

En la narración de esta tragedia de Filipinas, en la

que fueron los españoles una de las víctimas preferidas, no podía faltar la descripción del holocausto eclesiástico, de los sacerdotes, de los religiosos, de las monjas, que perecieron en aquella destrucción, que no sólo les alcanzó a ellos, sino también a sus templos, a sus instituciones de cultura y de caridad. A esta descripción dedica Pérez de Olaguer una de las partes principales de su libro.

Para precisar claramente el origen de la gran tragedia, bastan las palabras del P. Selga, S. J., citadas por el autor: “No nos cabe la menor duda que los acontecimientos que se desarrollaron en Manila en febrero de 1945 no fueron actos aislados de algunos soldados inconscientes, ávidos de sangre, sino la ejecución sistemática de un plan general, elaborado con premeditación y desarrollado con precisión militar”.

La destrucción de Manila hay que achacarla a la guerra, es una batalla más entre mil, destacada encima de las otras por su barbarie. Pero es la guerra moderna, esa guerra que no respeta ni a las indefensas poblaciones no combatientes, en su afán de lucha total y de total aniquilamiento. Por eso Pérez de Olaguer cuando busca responsabilidades, se ve obligado a decir: “Y yo no puedo, yo no debo indignarme contra nadie... ¿Contra quién? Cuando quiero indignarme, no encuentro otro responsable más significado que, sencillamente, este siglo XX en que vivimos, digno iniciador de la era atómica. En él cabe todo, porque, de una manera definitiva, alevosa e infame, se ha apartado de Dios.” Y en otro lugar, añade: “Antes he aludido al inferno del Dante. ¡No se vaciaron jamás estas escenas espantosas en la mente febril y creadora del poeta coloso! Cuando Dante escribió “La Divina Comedia”, estaba muy lejos aún el siglo XX”. ¡Y ha sido preciso que se llegase a nuestro siglo para ofrecer a la Historia el bochorno de Manila!

Si a la tragedia de Filipinas, se suman las de Europa, las de la India, las de Palestina, las de China, pasadas y actuales, ¿quién es, verdaderamente el único responsable, Sí, lo es el siglo XX, hijo y heredero del siglo XIX, de sus ideologías y de sus sistemas, de sus errores y de sus sofismas, de su historia y de su manera de ser. Y en él cabe todo porque se ha apartado de Dios.

¿Hasta cuándo? Tras la liberación “a cualquier hora, aún la más temprana; en cualquier momento, aún el más intempestivo; en cualquier lugar, aún el más insospechado, Manila baila.” Y ofrece al viajante una “extraña e impresionante mezcla, de miseria, de lujuria, de locura y de caos”. ¿De cuántos países podría repetirse lo mismo? Se quiere olvidar el pasado, amoralmente, con frivolidad. Se persiste en los mismos errores, se sigue apartado de Dios, en los sistemas políticos y sociales, en las costumbres... ¿Hasta cuándo? Quede el libro de Antonio Pérez de Olaguer como un testigo elocuente de la gran tragedia mundial, que acaso pueda repetirse, aún con mayores crímenes y más grandes horrores que en 1914 y en 1939, si los pueblos y sus gobernantes no saben volver a los altares divinos. Porque en el alejamiento de Dios, cabe todo, y es muy difícil saber si en las nuevas tragedias hay que señalar como culpables a los vencidos de hoy o a sus vencedores, que no supieron, o no quisieron, hallar el verdadero camino de la paz, de la justicia y del amor.

Luis Luna



IMPORTACION - EXPORTACION

C. I. C. S. A.

BARCELONA

**F. P.**

BARCELONA

Reservado a

**Bolsa Oficial  
del Comercio**

BARCELONA

**Salvó y Cía.**

APRESTOS, DESMOTE, TINTES Y ACABADOS

Molino Galí

Fábrica y Despacho:

SABADELL

Teléf. 2426

Ayudad a la Prensa Católica



A. F.

Barcelona

**FYTISA**

FIeltros y TEJIDOS INDUSTRIALES, S. A.



San Pablo, 26

SABADELL

Teléfono 1877

*Herederos de*

**Enrique Rocamora**

HILADOS DE LANA PEINADA

Teléfono 1326

SABADELL